

Iris Vermeil

*Mi Guerrero
Vikingo*

MI GUERRERO VIKINGO

(Romance en Era Vikinga a Través del Tiempo)

← Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Esta es una obra de ficción creada únicamente por el autor. Cualquier parecido con otras personas, así como, lugares y situaciones son pura coincidencia.

Título: MI GUERRERO VIKINGO (Romance en Era Vikinga a Través del Tiempo)

← Copyright 2024 – Iris Vermeil

Primera edición, Junio 2024.

Índice

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

Vuelvo a casa después de una intensa jornada laboral de ocho horas. Me duelen muchísimo las piernas, las tengo entumecidas de estar tanto rato en pie. Por no hablar de las veces que he tenido que sonreír y poner buena cara delante del centenar de visitantes. Un rato está bien, pero cuando estoy constantemente haciéndolo me dan ganas de esconderme en los jardines botánicos para que nadie me encuentre. Eso no sería un suplicio, todo lo contrario, adoro la naturaleza.

Me doy cuenta de que trabajar en el museo nacional de Oslo como historiadora no es tarea fácil y más aún cuando tienes la etiqueta de la nueva, como es mi caso. Soy la sombra de la profesora Olivia Olhouser, allá donde va ella voy yo. Básicamente mi labor consiste en transmitir aquellos conocimientos adquiridos durante mis años de universidad a los turistas que vienen a contemplar nuestra cultura nórdica y, sobre todo, tomar nota de todos los consejos que me da la profesora. Bueno vale, también archivo y ordeno el despacho... ¡todo hay que decirlo!

No sé cuántos litros de agua he bebido hoy, eso de charlar y charlar sin parar no lo llevo bien. O se me seca la garganta o tengo que salir disparada a hacer pis. Sinceramente, yo me veía descifrando escrituras antiguas o quizá descubriendo un tesoro de hace miles de años. ¡Quería acción en mi vida! Y no estar encerrada haciendo de guía... ¿Tendría que haberme decantado por la Egiptología?

—¡Ah! —se me tuerce el pie y mi tacón se queda atrapado en el alcantarillado.

¡¿Se puede acabar peor el día?! Me agacho y tiro del zapato con fuerza hasta que sale disparado y casi me caigo de culo.

Me aclaro la voz. Como estaba explicando, no me puedo quejar de mi trabajo, tengo un sueldo razonable, buenos compañeros y el museo está cerca de mi casa. Además, me encantan todas las obras que hacen que ese lugar sea único, como por ejemplo las esculturas de dioses nórdicos, cerámicas y herramientas antiguas, espadas, escudos y barcos vikingos, me gusta ver cómo vestían en esa época y cómo vivían, por no hablar, de las esculturas que hay en la galería de arte. ¡Son maravillosas! ¡Fascinantes! Tengo veinticuatro años y vivo con mis padres temporalmente. ¿Qué por qué?

Mi casero me ha echado del apartamento en el que vivía porque uno de sus hijos se ha divorciado de su mujer y necesita ocuparlo. Y por si os lo estáis preguntando, sí, soy soltera y no quiero saber nada de los hombres. ¡La mayoría de mis relaciones han sido un fracaso!

Llego a casa al fin y saludo a todos, estoy agotada y le advierto a mamá que voy a tomarme un largo baño, apenas me apetece cenar, ¡sólo quiero abrazar mi cama y dormir a pata suelta hasta mañana!

—Eryn, cielo ¿podrías sacar la basura? —pregunta papá asomado a mi habitación una vez me he puesto el pijama y me he relajado con el aroma del aceite esencial de eucalipto.

—No me acordaba de lo que eran las normas... —pongo los ojos en blanco. ¿No puede sacarla Sigrid?

—Está estudiando, tiene exámenes importantes esta semana.

Mi padre Harald es una persona responsable y siempre pendiente de que las normas del hogar se cumplan. Se preocupa por mantener el orden y que todos hagamos nuestra parte en las tareas de la casa. Aunque es comprensivo y cariñoso, también es firme cuando se trata de las reglas. Su insistencia en que saque la basura a pesar de mi cansancio muestra lo importante que es para él que todos cumplamos con nuestras responsabilidades.

Mi madre Olga es súper cariñosa y comprensiva. Ella entiende que estoy agotada y me deja relajarme después de un día largo. Siempre trata de asegurarse de que todos estemos bien tanto emocional como físicamente.

Sigrid es mi hermana menor y una estudiante muy dedicada. Está siempre preocupada por sus estudios y tiene exámenes importantes esta semana, lo que la tiene bastante ocupada. Aunque la quiero mucho, a veces me frustra que parezca librarse de algunas tareas del hogar debido a sus obligaciones académicas. Esto puede hacer que sienta que tengo más responsabilidades en casa.

Resoplo y sin ganas salgo a la calle, no sin antes ponerme una chaqueta encima y un pañuelo tupido. Está a punto de caer una buena tormenta. El cielo está gris y corre un aire gélido. Tengo que puntualizar que, para colmo, mis padres viven cerca del muelle y aunque sea primavera como es el caso, aquí siempre hace frío y cuando digo siempre es siempre. Tiro la basura al contenedor y de nuevo, ese gato de raza bosque de noruega me está observando como de costumbre. Con su pelaje de tonos grises y blancos se camufla entre la neblina. Lo único que destacan de él son unos enormes ojos rasgados de color ámbar, los cuales estoy segura que se verían desde varios metros de distancia. Son hipnóticos.

—Ven minino —me agacho para darle confianza.

Él se acerca y como siempre restriega su peluda cabeza entre mis piernas. Desde que era una adolescente, en varias ocasiones me lo he encontrado. Es curioso ya que no me da la impresión de que envejezca. ¿Será cierto aquello que dicen que los felinos tienen siete vidas? Muchas veces lo he visto merodeando por estas calles, incluso por el museo. Viven muchos gatos por la zona. Me mira fijamente y me da la impresión que quiere decirme algo. ¿Suenan absurdo, no es cierto?

—Espera aquí, te traeré algo de comer.

Me dirijo hacia la cocina, abro el frigorífico y rebusco entre los *tuppers* del día anterior.

—Mamá ¿tenemos algo succulento que le pueda atraer a un minino?

—Pues... —busca conmigo—, aquí dejé un poco de pescado del otro día.

—Gracias.

Me lo entrega y salgo por la puerta, pero para mí decepción el misterioso gato ya se ha ido.

El día siguiente es igual de agotador que el anterior...

—Eryn, ¿podrías dejar estos papeles en mi despacho, por favor? —pregunta la profesora Olhouser pasándome varias carpetas.

—Por supuesto —esbozo una sonrisa.

¿Cómo le voy a decir que no? Faltan cinco minutos para las seis, la hora que cierra el museo de cara al público y a mí aún me queda recorrerme varias salas para dejar los documentos. No entiendo porque los jefes tienen esa puñetera manía de pedirte todo a última hora...

Hoy también ha sido un día duro porque no me he encontrado nada bien, la menstruación me ha recordado que soy mujer y con ella, el dolor de cabeza me ha tenido loca, por no hablar del de espalda me han hecho pasar una jornada amarga. Ibuprofeno... Ibuprofeno... Bendito quién lo inventó. Canto para mis adentros.

Voy a paso muy ligero, el sonido de los tacones chocando contra el suelo se escucha por las recámaras dejando un eco tras de mí, pues ya todos los grupos se han marchado. Me obligan a

ir con este calzado, y también, con una camisa lisa blanca y una falda de tubo negra. Soso, ¿verdad? Yo también lo creo, aparte de eso, no es nada cómodo mucho menos en días como hoy que tengo las piernas entumecidas a causa de los calambres en mi apreciado útero.

Resbalo y caigo de bruces. Todos los folios salen volando por los aires y se desparraman por aquí y por allá.

—¡Au! —me llevo una mano a los riñones haciendo una mueca.

¡Lo que me faltaba! ¡Ostia al canto!

Recojo lo más deprisa que puedo el desastre intentado que esté en el mismo orden. Leo a mi derecha un cartelito amarillo y negro; ¡Cuidado, riesgo de caída! A buena hora... ¿Por qué será tan eficiente el servicio de limpieza?

De pronto, cuando miro al frente, hay un enorme y macizo caballo en alza sobre sus patas traseras, tallado en bronce y con una armadura. Doy un paso atrás del susto. Me levanto y continúo observando la escultura ahora con curiosidad, ¿cuándo la han traído que yo no me he enterado? Me parece increíble el talento que tenían los artistas en épocas pasadas, estoy segura que estaban tocados por la gracia de los dioses o sino ¿cómo es posible que hicieran algo así? Como las tres pirámides de Egipto o el Chichén Itzá.

Recorro despacio el frío bronce atreviéndome a tocarlo con los dedos, suavemente, mirando a mi alrededor por si hay alguien cerca, no quiero que me llamen la atención. Hay un guerrero montado en el animal, también con armadura. Empuña una espada, y en su espalda guarda un arco y varias flechas. Miro el rostro del hombre, debió ser alguien muy atractivo e imponente en su tiempo. Parece el mismísimo Thor, Dios del trueno y de la fuerza... No hay ninguna fecha del año en que se hizo ni tampoco quién es el autor, únicamente un nombre sin ni siquiera una breve descripción.

—¿Haakon? —leo dudosa y vuelvo a mirarle—, ahora mismo no me suena ese nombre...

En el interior de su muñeca derecha tiene grabada una runa y me convenzo al instante de que este tipo fue en algún momento alguien muy importante. ¿Quién sino llevaría tatuada la runa del Dios de la guerra?

Decido terminar la faena que se me ha encomendado y regreso.

—Profesora Olhouser.

—Oh, creí que ya te habías marchado —dice por encima de sus diminutas gafas—, ¿dejaste los papeles en su sitio?

—Sí, ya todo está archivado. Solamente quería preguntarle algo antes de irme.

—Claro ¿de qué se trata? —pone toda la atención en mí.

—¿Qué sabe de un hombre llamado Haakon?

—¿Haakon?

—¿Fue un semidiós?, ¿un guerrero vikingo quizá?

—Pues ahora mismo no te sabría responder a eso, varios reyes escoceses fueron nombrados de ese modo. ¿Por qué me preguntas por él?

—Bueno, he visto una escultura que han debido traer recientemente, es de un hombre con armadura y monta a lomos de un caballo, toda ella está hecha de bronce. Me ha llamado la atención que no haya más información ni del artista ni de la fecha.

Se queda pensativa...

—No me suena esa escultura, Eryn.

—¿Qué?

—No —se levanta de la silla extrañada—, no hemos incorporado ninguna obra estos meses en el museo.

Me quedo sin habla ante esa afirmación.

—Si no hay nada más... me retiro —mira el reloj—, descansa, hasta mañana.

—Profesora espere —la paro—, sé que es algo insolente lo que le voy a pedir, pero... ¿podría acompañarme un momento?

La profesora Olhouser me sigue con pasos rápidos y silenciosos hasta la sala donde había visto la escultura. El museo está en silencio, el eco de nuestros pasos es lo único que se oye. Al llegar, nos detenemos frente a la imponente figura de bronce.

—Aquí está —digo señalando la escultura—. ¿Lo ve?

La profesora frunce el ceño, ajusta sus gafas y se aproxima para examinar la obra.

—Esto es... —murmura—. No me explico cómo ha llegado aquí. No hay registros de una incorporación reciente y ciertamente no había visto esta escultura antes.

Nos quedamos en silencio, observando la figura del guerrero montado en su caballo. La expresión del hombre es severa, y su presencia es imponente, casi viva. La profesora Olhouser se da la vuelta y me mira con una mezcla de curiosidad y preocupación.

—Esto es muy extraño. Necesitaremos investigar más sobre esta pieza. ¿Podrías encargarte de revisar los archivos y ver si encuentras algo relacionado con este tal Haakon? Y quizás mañana, podríamos contactar a algunos historiadores y expertos en arte vikingo.

—Claro, haré lo que pueda.

—De acuerdo —dice, todavía mirando la escultura—. Y por ahora, tratemos de mantener esto en privado. No queremos causar pánico ni confusión hasta que tengamos más información.

—Entendido —respondo, sintiendo una mezcla de emoción y nerviosismo.

Nos retiramos del museo, cada una sumida en sus pensamientos. A medida que camino hacia mi casa, no puedo evitar sentir que algo grande está por descubrirse. La escultura de Haakon no es solo una pieza de arte; parece contener un misterio que está esperando a ser desvelado.

Al día siguiente, llego al museo temprano, decidida a investigar la misteriosa escultura. Mientras reviso los archivos, alguien me toca suavemente el hombro. Me doy vuelta y me encuentro con Helga, una de mis compañeras de trabajo.

Helga es una muchacha muy menuda, apenas alcanzando los 1,55 metros de altura. Su cabello castaño oscuro cae en suaves ondas hasta sus hombros, resplandeciendo como el fuego bajo la luz del museo. Sus ojos verdes son enormes, llenos de una curiosidad inagotable y brillan con una energía contagiosa. Las pecas están esparcidas sobre su nariz y mejillas, dándole un aire juvenil y vivaz.

—Hola, Eryn —dice con una sonrisa que ilumina su rostro—. ¿Cómo estás hoy?

—Hola —le devuelvo la sonrisa, sintiéndome aliviada por su presencia—. Estoy bien, aunque un poco intrigada por algo que descubrí ayer.

—¿Intrigada? —pregunta, sus ojos verdes llenándose de interés—. ¿Qué descubriste?

Le explico rápidamente sobre la escultura de Haakon y la conversación con la profesora Olhouser. Ella escucha con atención, sus cejas se fruncen ligeramente mientras procesa la información.

—¡Eso suena fascinante! —exclama, sus ojos brillando con entusiasmo—. ¿Puedo ayudarte a investigar? Me encantaría saber más sobre este tema.

—Sí, claro —respondo, sintiéndome agradecida por su apoyo—. Cuantas más manos tengamos en esto, mejor.

Nos dirigimos juntas al archivo, donde comenzamos a buscar cualquier referencia. Helga se mueve con rapidez y eficacia, su figura menuda deslizándose entre las estanterías llenas de libros y documentos. Su entusiasmo es contagioso, y pronto me siento más motivada que nunca para desentrañar el misterio.

Pasamos horas revisando libros y documentos antiguos. Mi compañera encuentra un par de referencias a un Haakon que podría coincidir con la escultura: un guerrero vikingo del año 890 d.C., conocido por su valentía y habilidades en el campo de batalla. Sin embargo, no hay ninguna mención de una escultura de bronce en su honor.

—Es un comienzo —dice, pasando una mano por su cabello, pensativa-. Pero necesitamos más información. Quizás deberíamos buscar en los registros de adquisiciones del museo, aunque dijiste que la profesora Olhouser no sabía nada de esta pieza...

—Sí —respondo, mordiéndome el labio—. Tal vez deberíamos investigar también las leyendas y mitos locales. A veces, las historias orales pueden contener pistas que no se encuentran en los documentos oficiales.

Asentimos a la vez.

—De acuerdo. Nos dividiremos las tareas. Yo revisaré los registros de adquisiciones y tú puedes empezar con las leyendas locales. Nos reuniremos más tarde para comparar notas.

Nos ponemos manos a la obra, cada una sumergida en nuestra propia tarea, pero unidas por un objetivo común: desvelar el secreto de la escultura de Haakon y descubrir por qué ha aparecido de repente en nuestro museo.

Al final del día, nos reunimos de nuevo en el archivo. Helga tiene una expresión de triunfo en su rostro menuda y pecosa.

—Encontré algo —dice, mostrándome un documento antiguo—. Parece que hubo una donación anónima al museo hace unos meses, pero no hay detalles sobre qué fue donado. Solo una nota diciendo que era un artefacto de gran importancia histórica.

—¡Eso es una pista! —exclamo, sintiendo una chispa de esperanza—. Podría ser nuestra escultura.

—También encontré algunas referencias en las leyendas locales —agrego, mostrándole mis notas-. Hay historias sobre un guerrero llamado Haakon que se decía que había sido bendecido por los antiguos dioses nórdicos. Según la leyenda, una escultura de él fue creada para conmemorar sus hazañas, pero se perdió en el tiempo.

Nos miramos, sintiendo que estamos a punto de descubrir algo increíble. La combinación de los registros del museo y las leyendas locales parece apuntar a una sola cosa: la escultura de Haakon es más que una simple pieza de arte. Es un enlace a un pasado olvidado, un misterio esperando ser resuelto.

—Decidido —digo, sintiendo una nueva ola de determinación-. Mañana, hablaremos con la profesora Olhouser y le mostraremos lo que hemos encontrado. Estamos más cerca de resolver este misterio.

Ella asiente, su sonrisa iluminando su rostro pecoso.

—Sí. Juntas, descubriremos la verdad detrás de esto.

A la mañana siguiente, llegamos al museo más temprano que de costumbre. Estamos decididas a presentar nuestros hallazgos a la profesora Olhouser. Nos encontramos con ella en su oficina, donde está revisando algunos documentos.

—Profesora Olhouser —digo, tocando suavemente la puerta—. Hemos encontrado algunas cosas que creemos que son importantes.

La profesora levanta la vista y nos hace una seña para que entremos. Cerramos la puerta tras nosotras y nos acercamos a su escritorio, colocando nuestras notas y documentos frente a

ella.

—¿Qué habéis encontrado? —pregunta, ajustándose las gafas y observando los papeles con interés.

Le explicamos nuestros hallazgos: la donación anónima, las leyendas locales sobre la escultura perdida. La profesora Olhouser escucha atentamente, asintiendo de vez en cuando.

—Esto es fascinante —dice finalmente—. Parece que hay más en esta escultura de lo que pensábamos. Necesitaremos confirmar estos datos y quizás contactar a algunos expertos en cultura vikinga.

—Podemos empezar por verificar la procedencia de la donación —sugiere Helga—. Si encontramos quién la hizo, podríamos obtener más información sobre la escultura.

—Estoy de acuerdo —responde la profesora Olhouser—. Chicas, encargaos de investigar la donación. Mientras tanto, contactaré a algunos colegas para ver si pueden aportar más información.

Salimos de la oficina de la profesora con una nueva misión. Nos dirigimos al departamento de registros del museo para revisar los detalles de la donación anónima. Pasamos horas buscando entre documentos, tratando de encontrar alguna pista sobre el donante.

Después de un largo día de búsqueda, encontramos una carta adjunta a la donación. La letra es antigua y elegante, escrita con tinta negra. La carta dice:

"A quien corresponda,

La escultura que les envío es una obra de gran importancia histórica. Perteneció a un guerrero escocés llamado Haakon cuya leyenda ha perdurado a lo largo de los siglos. Esta pieza ha estado en mi familia durante generaciones, y ahora siento que debe estar en un lugar donde pueda ser apreciada y estudiada.

Por favor, cuídenla bien. Es más que una simple escultura; es un vínculo con nuestro pasado.

Sinceramente, Un amigo del museo"

Helga y yo nos miramos, emocionadas por el descubrimiento. La carta confirma nuestras sospechas: la escultura de Haakon es auténtica y tiene una historia rica y misteriosa.

Regresamos a la oficina de la profesora Olhouser con la carta en mano. Ella la lee cuidadosamente, sus cejas levantándose en sorpresa.

—Este documento es invaluable —dice finalmente—. Necesitamos seguir esta pista. Tal vez haya más información sobre la familia del donante o sobre la procedencia de la escultura.

—¿Qué deberíamos hacer ahora? —pregunto, ansiosa por seguir investigando.

—La profesora Olhouser se inclina hacia nosotras, sus ojos brillando con una mezcla de emoción y seriedad—. Helga, Eryn, necesitamos contactar a un experto en historia vikinga. Voy a hacer algunas llamadas. Mientras tanto, sigan buscando cualquier otra referencia a este Haakon en nuestros archivos y en las bases de datos de otros museos.

Nos ponemos manos a la obra una vez más, sintiendo que estamos cada vez más cerca de resolver el misterio. Con la ayuda de la profesora Olhouser y nuestros propios esfuerzos, estamos decididas a descubrir toda la verdad. Una semana después, recibimos la visita del Dr. Alistair MacLeod, un renombrado historiador. El Dr. MacLeod es un hombre alto y delgado, con cabello gris y una barba bien recortada. Sus ojos azules son penetrantes y llenos de sabiduría. La profesora Olhouser nos presenta, y rápidamente nos dirigimos a la sala donde se encuentra la escultura. El Dr. MacLeod observa la figura con gran interés, inspeccionando cada detalle.

—Es una obra magnífica —dice finalmente, volviéndose hacia nosotras—. Y definitivamente parece ser de la época que mencionaron en las leyendas.

-¿Puede decirnos más sobre este Haakon? —pregunto.

El Dr. MacLeod asiente.

—Según las leyendas nórdicas, Haakon era un guerrero valiente y leal. Se decía que había sido bendecido por los antiguos dioses y que poseía habilidades extraordinarias en el combate. Su escultura fue creada para honrar sus hazañas, pero se perdió durante las guerras y los conflictos que siguieron.

—¿Y la runa del Dios de la guerra en su muñeca? —pregunto, señalando el grabado en la escultura.

El Dr. MacLeod examina la runa cuidadosamente.

—Esto sugiere que era considerado un guerrero divino, alguien con un destino especial.

Nos quedamos en silencio, procesando toda esta información. La escultura de este hombre es más que una simple pieza de arte; es un símbolo de una leyenda que ha perdurado a lo largo del tiempo.

Con la ayuda del Dr. MacLeod, comenzamos a reunir más datos. Cada nuevo descubrimiento nos acerca más a comprender el verdadero significado de la escultura y su misteriosa aparición en nuestro museo.

Una noche, mientras reviso mis notas en casa, mi mente se llena de preguntas sin respuesta. ¿Qué secretos guarda sobre el pasado de Haakon? Y lo más importante, ¿por qué siento que esta historia aún tiene mucho más por revelar?

La aventura apenas comienza...

Las semanas siguientes, mi mente no puede apartarse de la escultura de Haakon. Cada vez que la miro, siento una conexión inexplicable con aquel guerrero del pasado. Paso horas en la sala, observando cada detalle de su figura, imaginando sus hazañas y soñando con las leyendas que lo rodean. Helga nota mi creciente obsesión.

—Eryn, necesitas descansar —me dice un día mientras revisamos documentos—. Has pasado demasiadas horas aquí. La escultura no va a ninguna parte.

—Lo sé —respondo, suspirando—. Pero siento que hay algo más, algo que necesito descubrir sobre él. Es como si la escultura me hablara, como si me llamara.

Me mira con preocupación, pero no insiste más. Sabe que cuando me obsesiono con algo, es difícil hacerme cambiar de opinión. Una tarde, decido que necesito hablar de nuevo con el Dr. MacLeod. Siento que él puede ayudarme a entender mejor a Haakon y a calmar mi creciente fascinación. Con la decisión tomada, me preparo para el viaje hacia la casa del Dr. MacLeod. Es una tarde lluviosa, y las gotas de agua golpean rítmicamente el parabrisas mientras salgo del museo. Enciendo el coche y programo el GPS con la dirección. El trayecto promete ser largo, pero siento una mezcla de anticipación y nerviosismo que mantiene mi mente ocupada. La ciudad queda rápidamente atrás, y me encuentro conduciendo por una carretera serpenteante que atraviesa un paisaje pintoresco. Los campos verdes y colinas ondulantes se extienden a ambos lados, y la lluvia da un toque melancólico a la escena. A pesar del clima, la vista es impresionante y de alguna manera, relajante. El aire fresco entra por la rendija de la ventana, y el olor a tierra mojada y hierba llena el coche. El tráfico es escaso, lo que me permite disfrutar de la tranquilidad del camino. Mientras avanzo, noto cómo la vegetación se vuelve más densa, los árboles más altos y robustos, formando un túnel natural sobre la carretera en algunos tramos. El viaje me da tiempo para reflexionar sobre mi creciente obsesión con Haakon. ¿Por qué me siento

tan atraída por él? ¿Es simplemente la fascinación por su historia, o hay algo más profundo? Estas preguntas giran en mi mente mientras sigo conduciendo. Después de aproximadamente una hora de viaje, el paisaje comienza a cambiar. La carretera se estrecha y se vuelve más sinuosa, y la vegetación se hace más espesa y salvaje.

Finalmente, llego a un desvío, marcado por un cartel de madera antiguo que indica el camino hacia la casa del Dr. MacLeod. Giro a la izquierda y comienzo a ascender por una colina empinada. El camino de grava cruje bajo las ruedas del coche, y la casa del Dr. MacLeod aparece a lo lejos, emergiendo entre los árboles como un refugio del pasado. Es una estructura impresionante, una casa antigua con techos de pizarra y paredes de piedra, rodeada de un exuberante jardín de flores silvestres y hierbas aromáticas que parecen bailar con el viento. Estaciono frente a la casa y apago el motor, tomando un momento para apreciar la belleza del lugar. La lluvia ha disminuido a una ligera llovizna, y el aroma a lavanda y romero llena el aire. Al bajar del coche, siento una extraña mezcla de calma y expectación. El Dr. MacLeod me recibe en la puerta con una cálida sonrisa, sus ojos azules brillan con amabilidad y curiosidad. Me invita a pasar, y al cruzar el umbral, siento que estoy entrando en un mundo diferente, un lugar donde el pasado y el presente se entrelazan de manera armoniosa.

—Adelante, Eryn, siéntate —dice el doctor, indicando una acogedora sala de estar con muebles antiguos y una chimenea encendida que crepita suavemente—. Me alegra verte. ¿Qué te trae por aquí hoy?

Tomo asiento y acepto una taza de té caliente que me ofrece. Mientras me acomodo, siento que, en ese lugar tranquilo y lleno de historia, finalmente podré encontrar las respuestas que busco.

—Doctor, no puedo dejar de pensar en la escultura de Haakon —admito, sintiendo un peso en el pecho—. Siento una conexión tan fuerte con él, como si su historia estuviera entrelazada con la mía.

El Dr. MacLeod me estudia por un momento, sus ojos azules llenos de comprensión.

—La historia de Haakon es fascinante —dice finalmente—. Pero recuerda, Eryn, que él es una figura del pasado. Es fácil idealizar a alguien que no podemos conocer realmente. Pero si hay algo específico que quieres saber, haré lo posible por ayudarte. Asiento, sintiéndome un poco avergonzada por mi obsesión, pero decidida a saber más.

—Quiero saber todo lo posible sobre él —digo—. ¿Podría contarme más detalles sobre su vida y sus hazañas?

El Dr. MacLeod sonríe y comienza a hablar.

—Haakon fue un guerrero excepcional —empieza a narrar—. Nació en una familia humilde y eligió dedicarse a la vida de un guerrero. Era conocido por su valentía y su habilidad en la batalla, pero también por su honor y su lealtad a su gente. Mientras el Dr. MacLeod habla, puedo imaginar a Haakon luchando en campos de batalla, defendiendo su hogar y su gente.

Cada palabra me hace sentir más conectada con él, como si pudiera ver a través de los siglos y entender quién era realmente.

—Se decía que Haakon tenía una conexión especial con los dioses nórdicos —continúa el Dr. MacLeod—. Odín le otorgó su bendición, lo que lo hacía prácticamente invencible en combate. Pero su vida no fue fácil. Perdió a muchos amigos y seres queridos en las guerras, y eso lo marcó profundamente.

—¿Tuvo mujer e hijos? —pregunto, sintiendo un nudo en la garganta. El Dr. MacLeod niega con la cabeza.

—No se sabe mucho sobre su vida personal. Las leyendas hablan de que su dedicación

a su misión y a su gente siempre fue su prioridad.

Continuamos hablando sobre Haakon, cada detalle que el doctor comparte me hace sentir más cerca de aquel guerrero vikingo. Las historias de sus batallas, su valentía y el respeto que infundía en su gente parecen cobrar vida en la voz del Dr. MacLeod. Estoy tan absorta en la conversación que no me doy cuenta de que el tiempo ha pasado rápidamente. La tarde ha dado paso a la noche, y la luz del crepúsculo comienza a desaparecer, dejando que las sombras se alarguen en la habitación.

—Oh, debería irme —digo con suavidad—, es un largo viaje de regreso y no quiero conducir de noche. Doctor, no puedo agradecerle lo suficiente por tu tiempo y por compartir todo esto conmigo.

Él sonríe y se levanta para acompañarme hasta la puerta.

—Es un placer, si tienes más preguntas, no dudes en volver. La historia de Haakon es fascinante, y parece que estás destinada a desenterrar sus secretos.

Esa noche, regreso a casa con la mente llena de historias y emociones. Sueño con Haakon, viéndolo luchar, sintiendo sus triunfos y sus pérdidas. Me despierto con una mezcla de tristeza y anhelo, preguntándome si alguna vez entenderé completamente a aquel hombre del pasado. Los días pasan, y mi obsesión no disminuye. Paso cada vez más tiempo en el museo, estudiando la escultura y buscando más información en los archivos. Helga me observa con preocupación, pero respeta mi necesidad de explorar esta fascinación. Y siempre, cada noche, sueño con él... hasta que en los sueños me implico más y más...

En mi último sueño, me encuentro en el museo, rodeada de oscuridad y bajo la lluvia fría de la noche. Me adentro en cada habitación, atraída por el sonido metálico de espadas chocando, un zumbido que resuena en mis oídos junto con los esfuerzos de alguien en batalla.

—Haakon, Haakon... — lo llamo, como si lo conociera, mi voz cargada de preocupación y estima.

—¿Dónde estás? —pregunto, con el corazón apretado en el pecho.

—Siempre estoy contigo, aunque tú no me veas—, responde con una voz severa, pero a la vez romántica.

Silencio. De repente, la escultura de Haakon y su caballo aparece frente a mí, brillando intensamente con una luz ámbar.

—¡AH! —grito, cegada por el resplandor. Miles de fragmentos salen disparados y se esparcen por toda la sala. Es entonces cuando él emerge, vigoroso y triunfante de esa figura de bronce.

—Oh... —me ruborizo, sintiendo un cosquilleo en mi bajo vientre que se intensifica con cada segundo que pasa.

Es perfecto. ¿Cómo describirlo? Ese hombre podría rivalizar con el mismísimo Hércules. Fuerte y musculoso, con el porte majestuoso de un auténtico vikingo. Rubio y de ojos cristalinos. Su piel tersa, no muy pálida, con tonos dorados. Las dos runas en su pecho palpitan con energía, mientras su respiración hace subir y bajar su pecho de bronce. Avanza hacia mí paso a paso, tan cerca que puedo sentir su aliento, una mezcla embriagadora de cebada y miel. Me sonríe, sus dientes como perlas: limpios, puros, blancos.

Sus grandes manos rodean mi cintura, acercándose a él. Sus ojos me miran fijamente, sin pronunciar palabra alguna, y de repente, me besa. Cielos... siento pura magia en mi interior. Su beso es rudo, desconsiderado, pero me encanta su intensidad. Muerde mis labios hasta hacerme jadear de pasión, dejándolos enrojecidos, al igual que mis mejillas.

Despierto y maldigo mi suerte, porque Haakon es solo un personaje histórico, fruto de

mi imaginación y no un hombre de carne y hueso. Estoy segura de que, si existiera, me enamoraría profundamente de él, igual que caí en mi sueño.

¿Estaré volviéndome loca?

3

Los días siguientes están llenos de investigaciones y descubrimientos. Con la ayuda del Dr. MacLeod, logramos encontrar más documentos y artefactos relacionados con Haakon. Cada pieza del rompecabezas nos acerca más a comprender su verdadera historia. La profesora Olhouser nos apoya incondicionalmente, su entusiasmo y energía son contagiosos. Juntas, formamos un equipo imparable, decididas a sacar a la luz todos los secretos de Haakon. Finalmente, después de meses de arduo trabajo, organizamos una exposición especial en el museo para presentar nuestros hallazgos. La escultura de Haakon ocupa un lugar central, rodeada de documentos, artefactos y paneles informativos que cuentan su historia.

La sala de actos del museo brilla con una iluminación tenue y elegante, llena de personalidades importantes y distinguidos invitados que han venido para la inauguración de nuestra exposición. La expectación en el aire es palpable, mezclada con murmullos de admiración mientras la gente explora las fascinantes exhibiciones.

Helga y yo estamos radiantes en nuestras elegantes vestimentas, emocionadas y nerviosas por la culminación de tantos meses de ardua investigación. La profesora Olhouser, el Dr. MacLeod y otros académicos conversan animadamente entre ellos, compartiendo el orgullo por nuestro trabajo.

Mientras la multitud observa las impresionantes recreaciones de la vida de Haakon y sus hazañas, sube al escenario un portavoz del museo para dirigirse al público. Habla con entusiasmo sobre la importancia de la investigación histórica y el impacto de descubrir la verdadera historia de figuras legendarias como ésta.

Mi compañera y yo intercambiamos una mirada llena de emoción y complicidad cuando mencionan nuestros nombres, elogiando nuestra dedicación y contribución al proyecto. Los aplausos resuenan en la sala, reconociendo nuestro esfuerzo y el resultado de meses de trabajo incansable.

Después del discurso, nos rodean personas curiosas y admiradoras, felicitándonos y haciendo preguntas sobre los detalles más intrigantes de nuestra investigación. El Dr. MacLeod se acerca con una sonrisa sincera y nos felicita con orgullo, mientras la profesora Olhouser nos abraza con lágrimas de alegría en los ojos.

En este momento, siento una profunda gratitud y satisfacción. Haakon, en espíritu, parece estar presente entre nosotros, viendo cómo su historia ha tocado tantos corazones y mentes. Sé que este es solo el comienzo de nuestra carrera en el mundo de la historia y la investigación, inspirados por el legado de figuras como él.

La noche culmina con celebraciones y brindis, pero para mí, el verdadero regalo es saber que hemos cumplido nuestro propósito: contar una historia que resonará a través del tiempo, asegurando que su legado nunca será olvidado.

—Chicas, tomaros unas semanas de vacaciones —sugiere la profesora Olhouser con una sonrisa cálida. Su voz resuena en la sala de reuniones del museo, donde nos encontramos discutiendo los detalles finales de la exposición.

Ambas intercambiamos una mirada de sorpresa y gratitud. Después de meses de trabajo intenso y emocionante, la idea de un descanso suena tentadora.

—¡Oh, eso suena maravilloso! —respondo con los ojos brillantes—. Creo que nos vendría bien un tiempo para relajarnos un poco.

—¡Definitivamente! Será genial poder desconectar por un tiempo.

La profesora Olhouser asiente con satisfacción.

—Lo habéis hecho increíblemente bien. Os habéis ganado un descanso. Y no os preocupéis, la exposición estará en buenas manos mientras tanto.

El Dr. MacLeod, quien ha estado observando la conversación con una expresión de orgullo.

—Es verdad, habéis hecho un trabajo excepcional. Disfrutad de vuestras vacaciones.

—Esto no hubiera sido posible sin su ayuda, muchas gracias— le agradezco.

Nos despedimos del grupo y, al salir de la sala de reuniones, Helga y yo comenzamos a hacer planes para nuestras vacaciones. Después de todo lo vivido, nos hemos vuelto más amigas, y será reconfortante poder recargar energías antes de embarcarnos en nuevos proyectos y descubrimientos históricos.

Pero de pronto, mis ojos se posan en aquel majestuoso gato bosque de noruega que ha entrado sigilosamente en la sala. Su pelaje denso y su mirada serena capturan mi atención de inmediato. El gato se acerca con gracia, moviendo su cola con elegancia mientras observa a su alrededor con curiosidad.

—Mira —susurro emocionada, señalando al gato con una sonrisa. Helga se gira y sus ojos se iluminan al ver al felino.

—Parece que ha venido a felicitarnos también —dice con una risita.

—¿De dónde habrá salido? —comento acariciando al gato suavemente.

—No lo sé, pero parece que nos trae buena suerte— responde.

El animal, completamente tranquilo, se acerca un poco más y luego se sienta a nuestros pies, como si se sintiera en casa entre nosotras.

—Eryn, ¿te gustaría que fuéramos juntas a un spa? Conozco una casa rural encantadora en las afueras del lago Tryvann —sugiere emocionada.

Sonríó ampliamente, emocionada por la idea.

—¡Suena perfecto, Helga! Sería genial poder relajarnos y disfrutar de un tiempo tranquilo junto al lago.

Con una sensación de alegría y satisfacción, ambas nos despedimos y nos dirigimos hacia la salida del museo. Estamos ansiosas por nuestro tiempo juntas en ese refugio rural, listas para dejarnos llevar por la serenidad del entorno y la compañía mutua.

El próximo fin de semana, cargamos las maletas en el coche de Helga quien ha venido a recogerme junto con dos amigas en común Talia y Brianna, me despido de mi familia.

—¿Seguro que lo llevas todo, cielo?

—Sí, mamá.

—¿Pasta de dientes, pañuelos de papel, cepillo de pelo?

Las chicas se ríen por lo bajo.

—Mamá, por favor, que ya no soy ninguna niña —digo entre dientes—. A demás allí hay supermercado si me hace falta algo lo compro.

—Para mí, siempre serás mi bebé —me abraza—, te voy a echar de menos, que te diviertas.

—¡Si sólo me marchó dos días! —esbozo una sonrisa.

—Tened cuidado por el camino —dice mi padre.

Montamos en el auto con entusiasmo, emocionadas por el inicio de nuestra aventura. Durante el trayecto, nos sentimos animadas, escuchando música alegre y charlando

animadamente sobre las actividades que planeamos realizar una vez que lleguemos al hostal.

El paisaje que nos rodea es simplemente espectacular. Estamos rodeadas de altos pinos cuyas copas se mecen suavemente con la brisa. Pajarillos de colores vivos revolotean entre las ramas, y de vez en cuando avistamos algún conejo silvestre que se camufla hábilmente entre el verde follaje. La tranquilidad del entorno y la carretera casi desértica nos permiten disfrutar de la conducción con calma y seguridad.

Después de una hora de viaje, estamos muy cerca de nuestro destino. Sin embargo, justo cuando menos lo esperamos, un jabalí aparece repentinamente en nuestro camino. Helga, que está alerta y tienes muy buenos reflejos, frena el coche bruscamente. Escuchamos un golpe seco y el sonido estridente del animal al impactar contra el vehículo.

—¿Estáis bien? —pregunta Helga con el pelo alborotado.

—Sí —decimos al unísono todas respirando agitadas.

—¡Maldito jabalí, casi la palmamos por su culpa!

Bajamos del auto y observamos que hay una abolladura en el bajo izquierdo, la luz está fundida y la rueda de ese lado se ha pinchado. Me agacho para observar de cerca los daños y me percató que hay pelos dorados. ¿Un jabalí con cerdas doradas? ¿Dónde habrá ido el animal? No lo veo por ningún lado.

—Me imagino que tendrás una rueda de repuesto... —murmuro observando la cara de circunstancias de mi amiga.

—La verdad es que no...

—¡Cómo que no! —exclama histérica Brianna—, ¿quién viaja sin una rueda de repuesto?!

—Cálmate, todo se va a solucionar —añade Helga más serena.

—No tenemos cobertura —dice Talia mirando el móvil.

—Iré para allá a ver si puedo llamar a alguna grúa. No os mováis de aquí.

—De acuerdo.

Me alejo de ellas para subir a una pequeña colina. Las ramas de los árboles se agitan y me giro alarmada. Lo reconozco al instante, cae de pie el conocido gato que me encuentro en ocasiones esporádicas pero que al parecer ahora es muy a menudo.

—¡P-pero qué narices hace este gato aquí! —exclamo incrédula.

Abre la boca lo máximo que puede y maúlla con todas sus fuerzas. Corre varios metros, se gira, me mira y vuelve a maullar. No sé por qué mi primer pensamiento es; síguele.

—¡Eh, espera!,

Corro tras él. Este gato es más rápido que una liebre y no tardo mucho en perderlo de vista. Estoy tan concentrada en perseguirle que no me he dado cuenta de que he llegado a orillas del lago Tryvann. Al fin le veo de nuevo, está bebiendo de él.

—Gatito, te vas a helar la lengua.

Intento acariciarlo, pero esta vez me esquivo y me da un tremendo mordisco que no me esperaba por nada del mundo.

—¡Au! -grito dolorida—. ¡Serás arisco!

Caen varias gotas de mi sangre al agua fresca, sumerjo mi mano en ella para limpiarme la herida. El agua es clara, tan clara, que me veo perfectamente reflejada en ella.

El felino se retira de mi lado, y lanzo una mirada rápida para ver hacia dónde se dirige. Se detiene en una posición de ataque, con la cabeza gacha y la parte trasera elevada. ¡¿Qué va a hacer este animal?!

De repente, toma impulso y corre en mi dirección, con sus ojos fijos en mí. Soy su

objetivo. En un abrir y cerrar de ojos, se abalanza sobre mí con una fuerza sobrehumana, golpeándome con tal ímpetu que me lanza directamente al lago. Siento el impacto frío del agua al envolverse y mi ropa se empapa al instante, volviéndose pesada como un ancla.

Trato de nadar hacia la superficie, pero la baja temperatura entumece mis extremidades, volviéndolas torpes e ineficaces. Mis brazos y piernas apenas responden a mis desesperados intentos de movimiento. El agua helada parece robarme el aliento, cada segundo se siente como una eternidad.

Poco a poco, mi fuerza se desvanece, y la sensación de ahogo se intensifica. Mis músculos se engarrotan y se paralizan, dejándome a merced del frío implacable. Siento que estoy al borde de la muerte, una oscuridad envolvente empieza a nublar mis sentidos. ¿Es este el final? ¿Quizás ya he muerto?

—Eryn—escucho una voz femenina resonante—. Te daré mis fuerzas, mi poder y mi espíritu para que a cambio guíes al pueblo nórdico en mi nombre. No olvides que eres una de las guerreras elegidas, mi protegida. Dominarás el arte de la tierra. Nadie podrá vencerte. Serás mi sierva.

De pronto, el agua se vuelve más cálida y toma un tono blanquecino, como leche diluida. Siento que mi cuerpo se vuelve más ágil, mis movimientos más fluidos. A través de la bruma acuática, vislumbro una boca enorme con colmillos afilados, semejantes a los de un león o un tigre. Sea lo que sea ese animal, me agarra con sus dientes y me eleva hacia la superficie.

Cuando mis pulmones finalmente captan el oxígeno del exterior, hago grandes inspiraciones, desesperada por aire. Seguidamente, empiezo a toser, expulsando el agua que aún me llena la boca y garganta, su sabor me recuerda al de la leche. Con esfuerzo, me aproximo a unas escaleras de piedra y me apoyo en ellas, desorientada y temblando.

Alzo la vista para observar mi entorno y lo que veo me deja petrificada. Estoy en una cueva rocosa y lúgubre. El aire es denso y cálido, con una humedad que se siente pegajosa en la piel. La cueva está iluminada por cientos de velas de distintos tamaños, algunas ya casi consumidas, proyectando sombras danzantes en las paredes. Enredaderas secas cuelgan de las rocas, añadiendo un toque de desolación al ambiente.

Un olor fuerte a incienso llena el aire, invadiendo mis sentidos. Nunca me ha agradado el incienso, y ahora su aroma me resulta especialmente molesto. El contraste entre el calor sofocante y el resplandor vacilante de las velas crea una atmósfera surrealista y opresiva. Me siento atrapada entre la extrañeza de este lugar y la necesidad urgente de entender dónde estoy y qué acaba de suceder.

—¿Estás bien Hildisvíni? —veo que una mujer acaricia a un jabalí—, has hecho buen trabajo, chico.

¡Cielos, pero si es el mismo jabalí que se topó con nosotras en la carretera, el de las cerdas doradas! ¿Sigue con vida?

—Soy muy robusto. Pero no me importa con tal de haberla guiado hasta Bygul.

¡¿A-acaba de hablar?! Abro los ojos incrédula.

—¡AH! —exclamo alarmada.

Una mujer de ojos verdes y pelo castaño me mira de repente entusiasmada. Va vestida con una túnica blanca y un collar de colores vibrantes.

—Sabía que era cierto lo que los dioses me decían.

—¿Dónde estoy? —pregunto asustada—. ¿Quién es usted?

Miro por un segundo mi cuerpo y se halla totalmente desnuda. Me tapo con mis brazos de inmediato, muy avergonzada. ¿Qué demonios me ha pasado?

—Os estábamos esperando, sed bienvenida —me hace una reverencia con la cabeza—. Mi nombre es Dreide, podéis confiar en mí.

—¿Dónde estoy?

—En una de las eras vikingas más poderosas y conflictivas.

—Uh... ¿qué?

—Bueno, nuestro pueblecito se llama Flam.

—Ya sé que ha pasado, me he dado un golpe en la cabeza y ahora mismo debo estar en coma o algo parecido. Tantas horas en el museo no han sido buena idea, no, no... no debí obsesionarme con la cultura vikinga...

—¿Cómo decís? —hace una mueca.

—Discúlpame por haberte mordido —dice una voz tras de mí—, tuve que hacerlo para que Dreide te viera a través del lago y supiera que veníamos de inmediato.

—Con las gotas de tu sangre, pude localizarte.

—¡AAHH! —grito horripilada al ver aquél enorme felino, doy varios pasos hacia atrás, resbalo y caigo al agua por completo.

¿Es el gato que rondaba por mi casa? ¿El mismo que me acaba de lanzar al lago? Su tamaño es veinte o treinta veces mayor pero su aspecto es el mismo. Subo a la superficie otra vez respirando agitada.

—¡Eryn, Eryn, has venido! —exclama otro bosque de noruega, pero de distinto pelaje. De color negro intenso y ojos azulados. Me da un lengüetazo, rasposo y húmedo en toda la cara.

Estoy alucinada. Esto debe ser una pesadilla o una especie de cámara oculta. Gatos gigantes que hablan, jabalíes con cabellos de oro, y ¿qué más? ¿Una bruja? Porque esto es o cosa de brujería o una maldita pesadilla. Me repito a mí misma:

—Tengo que despertar... Tengo que despertar...

Cierro los ojos con fuerza, tratando de escapar de esta locura.

Seguramente estoy desvariando a causa del accidente de coche. Abro los ojos nuevamente y me encuentro todavía en la cueva. La sensación de irrealidad es abrumadora.

Doy varios pasos hacia atrás, mi corazón latiendo con fuerza, y cojo aire profundamente, preparándome para zambullirme de nuevo en el agua. La humedad de la cueva se adhiere a mi piel y cada inhalación trae consigo el aroma persistente del incienso. El murmullo de las velas parpadeantes y el eco de mis propios pasos resuenan en la caverna, intensificando mi sensación de aislamiento y desesperación.

El agua, ahora cálida y lechosa, parece la única vía de escape. Sin pensarlo dos veces, me lanzo hacia adelante, buscando la liberación en el frescor del lago subterráneo. Mientras me sumerjo, el líquido denso envuelve mi cuerpo, y por un instante, todo ruido y confusión se desvanecen, dejándome en un silencio abrumador.

—¡¡¡Ayudaaaaa!!!¡¡¡Quiero salir de aquí!!!

Cuando despierto, ni mis padres ni mis amigas están conmigo. Tampoco está el paisaje del lago, ni nada que se parezca al lugar donde vivía. En cambio, me encuentro en una modesta habitación de estilo medieval, con paredes de piedra y mobiliario rústico. No tengo ni idea de dónde estoy. ¿Quizás he sido secuestrada por alguna especie de secta o algo así?

El miedo me invade y corro asustada hacia un ventanal, pensando en escapar por ahí. Trato de abrirlo, pero es imposible, demasiado pesado para mis manos temblorosas. Me fijo en que, incluso si hubiera logrado abrirlo, la caída habría sido mortal. A través del cristal, veo que estoy en un castillo construido sobre un acantilado. Definitivamente me han drogado.

El mareo de la impresión me hace tambalear. La vista del inmenso mar que rodea el castillo me abruma. El oleaje es intenso, las olas gigantes se estrellan contra las rocas, y la espuma salta y se esparce, bañándolas con su fría humedad. El viento aúlla, azotando el paisaje con furia. Las olas parecen monstruos marinos que intentan devorar el acantilado, su rugido constante reverbera en mis oídos, aumentando mi sensación de desorientación y pánico.

Decido volver a la cama. Es una cama con dosel, pero sencilla, hecha de paja y cubierta con mantas que parecen de auténtica piel de animal. Me tumbo y me hago un ovillo, tratando de encontrar consuelo en el calor de las mantas. Estoy agotada tanto física como mentalmente, mi cuerpo y mente luchando por procesar el torbellino de emociones y sucesos.

El peso de la situación finalmente me aplasta, y en cuestión de minutos, me duermo profundamente. El colchón áspero y el aroma terroso de la paja se mezclan con el murmullo lejano del mar, creando un extraño arrullo que me sumerge en la inconsciencia, alejándome temporalmente de la pesadilla en la que parece haberse convertido mi realidad.

—Mi señora Eryn —me despierta la voz suave de una joven—, disculpad, pero debemos asearla tal y como nos ha ordenado la maestra Dreide.

—¿¡Qué!? —me sobresalto.

—Lo siento, no era nuestra intención interrumpir vuestro sueño —añade con un tono más dulce aún—. Debo seguir al pie de la letra todo lo que nos ha dicho ella.

Hay unas diez muchachas delante de mí, arrodilladas. Por sus vestimentas parecen doncellas.

—¿Me tenéis que bañar todas?

Asienten a la vez.

Respiro hondo y cuento hasta tres. Está bien, que continúe este estúpido juego.

—De acuerdo, pero con una condición —indico.

—¿Cuál mi señora?

—No me llaméis de vos, os lo suplico. No estamos en la época de las cavernas. Tampoco quiero que me llaméis señora, ¡por favor! Debemos tener casi la misma edad.

—Está bien —se miran las unas a las otras—. No queremos incomodaros.

La miro con una ceja enarcada.

—Perdón —se aclara la voz—, incomodarte.

Asiento. Me llevan a una sala aparte, me desvisten y me sumergen en agua fría con sal, según ellas para purificarme y espantar todas las energías negativas del cuerpo.

—¡Está helada! —me quejo tiritando.

—Más helada estaba la del lago —sonríe Dreide apareciendo de la nada como un ente.

Castañeo los dientes.

—¿Desde cuándo está usted aquí? —pregunto.

—Acabo de llegar.

—¿Por qué estoy en este lugar?

—No seáis impaciente... pronto lo sabréis.

¡Tengo los nervios de punta! ¿Por qué nadie me da una respuesta clara? Siento que mi cabeza va a explotar con tantas dudas y pensamientos que se agolpan en mi mente. Más de una hora tardan estas muchachas en bañarme, y la incertidumbre solo crece. Estoy agotada de soportar tantos ritos y ofrendas sin saber su propósito.

Finalmente, me tumban en un lecho y comienzan a masajear mis brazos y piernas. La tensión en mis músculos empieza a disiparse, y me encuentro sorprendentemente agradecida por esta inesperada atención. El lecho es suave, cubierto de mantas que parecen de terciopelo, y el aroma cálido y embriagador del aceite de jazmín llena la habitación.

El aceite de jazmín, cálido y fragante, se desliza por mi piel, y las manos expertas de las muchachas trabajan con precisión y cuidado, aliviando nudos de tensión que ni sabía que tenía. Sus movimientos son rítmicos y firmes, y poco a poco, mi respiración se vuelve más profunda y relajada.

Mis párpados se sienten pesados, y aunque mi mente sigue llena de preguntas, el cansancio comienza a ganar la batalla. El suave murmullo de las muchachas, como un canto lejano, se mezcla con el olor dulce y floral del jazmín, creando una atmósfera casi hipnótica.

Ahora más que nunca, necesito relajarme. El masaje y el aroma del jazmín me envuelven en una burbuja de tranquilidad, alejándome temporalmente del caos y la confusión que han dominado mi día. A medida que la tensión se disuelve, permito que el alivio me arrastre hacia una calma necesaria, agradeciendo este respiro en medio de la tormenta.

—Hemos terminado, maestra —anuncia una de las muchachas.

—Bien. Hacedle un bonito recogido y vestidla como es debido.

—Por supuesto.

—¿No tendréis un secador a mano? —cuestiono.

Me miran como si hubiera mencionado alguna palabra en chino y comprendo que no saben de lo que les estoy hablando.

—Bien... uh... me secaré el cabello cerca del fuego del hogar... -disimulo.

Una vez que mi pelo está seco, después de lo que parece una eternidad, algunas de las muchachas se encargan de maquillar mi rostro. Utilizan polvos finos que suavizan mi piel, añaden un toque de rubor que resalta mis mejillas, y aplican un pintalabios sutil. Muevo mis carnosos labios para que el color se distribuya uniformemente, y me sorprende el ligero sabor a miel que me agrada.

Otras muchachas se dedican a mi cabello, dividiéndolo en varias trenzas intrincadas que luego atan entre ellas en un recogido precioso. Observo el resultado en un espejo antiguo de marco dorado, y no puedo evitar exclamar asombrada:

—Vaya... qué buena mano tenéis.

Ellas sonríen mientras adornan mi frente con una tiara dorada, incrustada con brillantes y piedras ambarinas que relucen a la luz tenue de la habitación. La tiara se asienta con elegancia, completando el look con un toque de majestuosidad.

Una vez acicalada, me ayudan a ponerme un vestido de gasa translúcida de varias capas, en tonos rosas y blancos. La tela fluye alrededor de mi cuerpo, ligera y etérea, creando un efecto casi de ensueño. La capa principal que cubre mis hombros y las mangas es de un tono anaranjado, añadiendo un contraste cálido y vibrante al conjunto.

La sensación de la gasa contra mi piel es suave y casi etérea, como si estuviera envuelta en nubes. Me miro en el espejo, apenas reconociéndome. La transformación es impresionante. Me siento como una princesa sacada de un cuento antiguo, un personaje de leyenda envuelto en misterio y elegancia.

Cada detalle ha sido cuidado con esmero, desde el maquillaje delicado hasta el complejo peinado y el vestido exquisito. Este momento de calma y belleza contrasta fuertemente con la confusión y el miedo que había sentido antes. Aunque las preguntas aún persisten en mi mente, me permito disfrutar brevemente de esta transformación, sintiéndome, aunque sea por un instante, tranquila y apreciada.

—Estáis bellísima mi señora, Eryn elegida de Freya —sonríen todas emocionadas.

Y dale con llamarme de esa manera... Siento que todos aquí me hacen la pelota.

—Es la hora de mostraros ante el *jarl* —dice Dreide agarrándome de la mano—, acompañadme.

—¡No! —exclamo soltándola—. No la acompañaré hasta que me dé una explicación de por qué he aparecido en una cueva cuando yo estaba con mis amigas. Supongo que usted me ha traído aquí y encima en contra de mi voluntad. He dejado que me bañaran estas mujeres extrañas y que me vistieran de este modo ¿por qué? Exijo respuestas, ¿por qué insistís todos en llamarme de esa forma?

Dreide suspira, creo que está resignada a contestar.

—Porque sois la protegida de la Diosa Freya —responde.

Minutos más tarde...

Tengo las piernas dormidas y las manos temblorosas. Aún no me he recuperado de tanta información. Apenas puedo caminar sin tambalearme o detenerme a respirar profundamente. Necesito serenarme. Me pregunto una y otra vez si realmente será cierto todo lo que Dreide acaba de explicarme.

Recuerdo muy bien el mensaje que me dio Freya al llegar a esta era. Me dijo que era su elegida para guiar al pueblo nórdico. Sus palabras resuenan en mi mente como un eco lejano, cargadas de un peso que todavía no alcanzo a comprender del todo.

Una brisa de aire fresco me reconforta y me devuelve el aliento, despejando ligeramente la neblina de mi mente. Al llegar a la entrada de la fortaleza del pueblo de Flam, donde me encuentro ahora mismo, veo a los dos gatos, Bygul y Trjegul. Están sentados uno a cada lado del portal, esperándome con paciencia. En cuanto me ven, sus expresiones cambian a una evidente alegría, y sus ojos brillan con un destello amistoso que me contagia.

Ahora, al mirarlos, ya no me parecen tan aterradores. Al contrario, hay algo en su presencia que me tranquiliza, una sensación de lealtad y protección que no había notado antes. Bygul, con su pelaje dorado y ojos ambarinos, y Trjegul, con su manto gris plateado y mirada penetrante, parecen más guardianes que amenazas.

Mis pasos se vuelven más firmes mientras avanzo hacia ellos. La fortaleza de Flam se alza imponente detrás de ellos, sus muros de piedra robustos y antiguos, envueltos en una atmósfera de historia y poder. El viento trae consigo el olor salado del mar cercano y el frescor de los bosques que rodean el asentamiento.

Bygul se acerca a mi derecha y me mira con expresión dulce. Sus ojos ambarinos transmiten confianza y me apetece acariciarle el hocico como solía hacer en mi mundo cada vez que me lo encontraba. Sólo que, en este es mucho más grande me llegan pasada la cintura. Cierra sus ojitos y lame la herida que él mismo me ha hecho horas atrás, por necesidad.

—Estamos en paz —le susurro a su oído—, estamos en paz...

Trjegul se acerca algo celoso y posa su frente en mi brazo. Puedo oírle ronronear. Qué ojos tan preciosos... son como perlas de color del mar.

—Sí, con vuestra presencia hacéis que me sienta mejor —sonríó a éste—. Bueno, amigos, parece que tenemos mucho por hacer —les digo en voz baja, mientras acaricio sus cabezas. Ellos ronronean en respuesta, y por primera vez en mucho tiempo, me siento un poco más en control, un poco más segura de mi destino.

Con la determinación renovada, levanto la vista hacia la fortaleza, lista para enfrentar lo que venga. La responsabilidad que Freya me ha confiado pesa menos en mis hombros con la compañía de estos fieles guardianes a mi lado.

Para mi sorpresa, desde lo lejos se aproxima un hombre imponente, de casi dos metros de altura. Su espesa barba rubia y su atuendo de pieles de zorro le confieren una presencia majestuosa y poderosa. Mi corazón se acelera con una mezcla de miedo y curiosidad, pero su galantería me tranquiliza al instante.

—Espero que mi hogar esté a vuestra altura —dice con una sonrisa, tomando mi mano y besándola suavemente—. Soy el jarl Sven Carlson, para serviros.

—Encantada de conocerle, señor. Soy Eryn, y aún estoy un poco confundida por todo esto, espero que lo comprenda.

—Es completamente normal —responde con una mirada comprensiva—, pero quiero que os sintáis como en vuestra propia casa y que me veáis como un amigo. Cualquier cosa que necesitéis, decídmelo.

—Eso intentaré, gracias —respondo, aún asimilando la situación.

—Sois más hermosa en persona que a través de las aguas.

—¿Las aguas?

—Ellas nos muestran a los elegidos.

—Ah. G-gracias...

—Ahora conoceréis a vuestro guerrero complementario. Él ha esperado por vos durante milenios, pues ambos sois los primeros guerreros que Odín y Freya envían. Ella misma lo dató en las constelaciones y, gracias a maestros como Dreide, que saben leerlas, supimos que vendríais en un día afortunado como hoy.

—Estoy anonadada con todo esto que me cuenta... Yo... Un momento, ¿sabían que yo vendría?

—Sí, estabais destinada a nacer en Nem-irr. Hace ya algunos años, Bygul fue en vuestra búsqueda, pero todo salió mal. Nos contó que no logró haceros caer en el mar porque Hildisvíni tuvo problemas en el bosque a causa de unos cazadores que iban rastreándolo.

—Oh, cielos... Lo recuerdo. Recuerdo que Bygul estaba cerca del muelle y me guio hasta el embarcadero. Cayó al agua, pero mis padres me llamaron y me alejaron de allá. Creo que tenía apenas quince o dieciséis años.

—Después de eso, Dreide no estaba segura de si podríais viajar a este mundo. Todo tiene sentido, ¿lo veis?

Asiento, aún procesando la revelación. Mis recuerdos se alinean con lo que el jarl Sven me cuenta, y poco a poco, las piezas del rompecabezas comienzan a encajar. La determinación de Bygul y el peligro que enfrentó Hildisvíni en el bosque ahora cobran un nuevo significado en mi mente.

—Vamos, es la hora —dice Sven, con tono firme pero amable.

Camino junto a él, mis pasos son más seguros ahora que la verdad comienza a desvelarse. A medida que nos acercamos a nuestro destino, la magnitud de mi misión se hace

más clara. Siento el peso de la responsabilidad, pero también una extraña mezcla de emoción y propósito. Con el corazón latiendo con fuerza, me preparo para el encuentro que marcará el comienzo de una nueva era.

Abren el portón principal y salgo al exterior, acompañada por Sven y Dreide. Me quedo boquiabierta ante la multitud que me espera. Cientos de personas de aspecto rudo y desaliñado me contemplan atónitos, no han querido perderse este momento. Hombres robustos con barbas espesas y largas, barrigas prominentes, mujeres de piel pálida y expresión tosca y salvaje, bebés e infantes. Todos ellos visten con telas sobrias, algo sucias, y pieles de animal; son el pueblo vikingo.

Quizás me miran así no porque me teman, sino porque, al igual que yo, no pueden creer que sea una enviada de Freya, la diosa más poderosa de la mitología nórdica, la divinidad del amor, la fertilidad y la guerra, entre otros.

—¡Hermanos, Freya está de nuestro lado! —anuncia el jarl con voz potente—. ¡Al fin los dioses nos han enviado a Eryn!

Se hace un silencio sepulcral. Todos alzan las manos hacia el cielo y, con ellas, sus rústicas armas. Gritan en aclamación antes de arrodillarse esperanzados ante mí.

Es algo increíble, y no puedo evitar emocionarme ante tal gesto. ¿Todo esto es por mí? Estoy completamente fascinada, pero aterrada a la vez.

—Ha venido a nuestra Era para salvarla del mal —continúa Sven, mirándome con intensidad—, para luchar con nosotros en la batalla y traer la felicidad de nuevo a nuestro pueblo. ¡Ella es nuestra esperanza!

Noto un ligero mareo por tanta expectación. Por un momento, me evado de las palabras de Sven, que se vuelven lejanas, y recuerdo la conversación con Dreide minutos antes de esta presentación.

—Sois su favorita, una de las guerreras de Freya —anunció Dreide, segura de sí misma—. Sois la guerrera de la tierra. Ella misma os lo comunicó cuando nacisteis en el manantial.

La revelación de Dreide todavía resuena en mi mente, añadiendo una capa de surrealismo a la escena frente a mí. La multitud sigue arrodillada, sus miradas llenas de esperanza y fe, depositando en mí sus sueños de un futuro mejor. El peso de sus expectativas es abrumador, pero también me llena de una extraña determinación.

Miro a Sven, quien me observa con confianza y orgullo. Su figura imponente parece irradiar fuerza y seguridad, y encuentro un poco de consuelo en su presencia. Respiro hondo, tratando de calmar el torbellino de emociones dentro de mí. Me obligo a mantener la compostura, consciente de que estos vikingos ven en mí una salvadora, un faro de esperanza enviado por los dioses.

—Gracias —digo finalmente, mi voz resonando en el silencio expectante—. Haré todo lo que esté en mi poder para cumplir con el propósito que Freya me ha dado.

La multitud responde con vítores y exclamaciones de júbilo, sus armas alzadas nuevamente en señal de apoyo. Siento un calor en el pecho, una mezcla de miedo y valor, y sé que, de alguna manera, estoy lista para enfrentar el destino que se me ha impuesto. Con Bygul y Trjegul a mi lado, y el pueblo vikingo detrás de mí, doy un paso adelante, aceptando la misión que se ha desplegado ante mí.

Me carcajeé ¿pero qué locura estaba diciendo esta mujer?

—Mire señora, si esto es una broma no tiene ninguna gracia.

—Podéis llamarme maestra o sólo Dreide, como prefiráis.

—Y usted puede llamarme Eryn. Ése es mi único y verdadero nombre.

—Jovencita, hace mucho, mucho tiempo —comenzó Dreide a relatarme—, Odín creó toda Noruega y con él los cuatro elementos que nos permiten vivir aquí. La tierra que germinamos, el aire que respiramos, el agua donde nos purificamos y el fuego que nos calienta.

Al inicio de todos los tiempos, cuando él hizo este mundo los reinos convivíamos en paz y armonía. Hasta que llegó Loki, un timador y además un cambia forma, es impredecible y terriblemente astuto... Engañó a los dioses para que lo destinaran a la tierra y se hizo con el poder de los cuatro elementos. Loki domina los cielos y nos observa a todos, la vegetación la envenena y el agua la embravece.

La escuché con atención, me pareció interesante lo que me relataba y por supuesto conocía por mi carrera de historiadora a los dioses que me relataba.

—¿Qué pasa con las tierras? —pregunté.

—Captura a las personas para esclavizarlos y matarlos —suspiró—. No sé cuánto más durará, pero los últimos seremos nosotros.

—¿Y por eso estoy aquí?

—Odín me prometió ayuda —dijo convencida—. Hace tanto que os esperábamos... Vos habéis venido a nuestra era para restaurar esa paz que perdimos. Ya no crece apenas vegetación, Loki quemó todas nuestras cosechas. Sólo fue un aviso de que vendría a por nosotros. Las mujeres no pueden tener descendencia y muchas mueren en los partos. Cada día que pasa la gente se enferma más y pasa hambre por el escaso alimento. Él se encarga de sembrar el mal allá donde viaja.

—¿Cómo puedo yo ayudarlos? ¿De qué manera?

—Tengo que enseñaros a utilizar vuestros dones, el poder de Freya vive en vos. Sólo hay que trabajarlo y seréis invencible.

—¿Y los gatos? Puedo oírlos. ¿Y por qué sé hablar vuestro idioma?

—Son vuestros guías, igual que yo —añadió sonriente—, os acompañarán en cada batalla, en cada viaje. En cuanto a la lengua, al llegar aquí la adquiriste de manera innata, sabes leer y escribir nuestro idioma vikingo.

—Esto es muy difícil de asimilar... yo... no sé si seré capaz de afrontarlo...

Respiro agitada, mi pecho sube y baja con dificultad. Tengo los ojos vidriosos, necesito a mi familia en este instante... Mi cabeza continúa rememorando miles de cosas...

—No estáis sola, hay un séquito de guerreros —agregó Dreide—, enviados directos por Odín que os respaldarán y lucharán junto a vos. Seréis una guerrera también.

—¿Guerreros?

—Sí, un centenar. Pero, en concreto hay uno de ellos que es vuestro guerrero complementario. Él tiene la marca sagrada, la runa del dios de la guerra; Tyr. Él será vuestro guardián, vuestro protector.

En ese preciso momento, cuando sus ojos se cruzan con los míos, siento cómo mi corazón da un vuelco inmenso. No puedo evitar reconocerlo; sabía que no estaba equivocada sobre su importancia. Se abre paso entre la multitud con una capa de terciopelo que ondea tras él mientras su mirada azul como el hielo se clava en mí. Me siento cohibida, intimidada, por esa intensidad que emana de él. Destaca entre todos con su imponente estatura ¿quizás metro

noventa? Va vestido con pantalones ajustados y botas altas de cuero, su camisa oscura adornada con cenefas y varias pieles sobre los hombros. Es un hombre cautivador, con una barba espesa y perfectamente recortada, de cabellos que van del dorado al blanco, moviéndose con gracia al viento, aunque las sienes trenzadas.

Se acerca hacia mí con paso decidido, acompañado por el jarl Sven. Mi nerviosismo me hace humedecer los labios mientras él se arrodilla con reverencia, inclinando la cabeza. No puedo contener mi curiosidad y pregunto con interés:

—¿Quién es él? ¿Cuál es el nombre de ese guerrero?

—Es mi hijo, y se llama...

—Haakon —susurro, pero él levanta la mirada hacia mí con una intensidad que me deja sin aliento. No puedo creerlo, tanto tiempo pensando en él y ahora es de carne y hueso.

Mi corazón late con fuerza, amenazando con salir disparado de mi pecho. ¿Qué me está pasando? He de irme... Salgo corriendo... Corro por los oscuros pasadizos del castillo, repitiendo su nombre una y otra vez, sin importarme si me pierdo en ese laberinto de piedra. Su mirada penetrante no se aparta de mi mente. Sacudo la cabeza incrédula. Él era real, no una ilusión. Había visto su figura montada en un caballo en el museo... ¡Y qué presencia, qué mirada! Me llevo la mano al pecho, conmovida por su atractivo sobrecogedor. No podía ser una coincidencia. ¿Cómo es posible?

Cierro la puerta de mi nueva habitación con un portazo y me encierro en ella, dejando que las lágrimas fluyan sobre la cama. Despojo mi cuello de los adornos con brusquedad, liberando mi pelo de las trenzas que usualmente me reconfortaban. Estoy angustiada, incapaz de contener los sollozos mientras intento asimilar la enormidad de lo que estoy viviendo. ¿Freya? ¡No podía ser otra que Freya misma! El peso de esta responsabilidad me abruma. ¿Cómo podría enfrentar lo que se avecinaba?

La rabia empieza a crecer en mi interior. Me levanto de un salto y alzo la vista al techo, como si esperara que los dioses estuvieran escuchando mis pensamientos. Si los dioses son omnipresentes, entonces ojalá estén escuchando lo que tengo que decir. No es un sueño ni brujería. Esto es real. He sido transportada a través del tiempo a la era vikinga y ahora debo enfrentar la maquinación de fuerzas oscuras. Suena a una trama de película de superhéroes, pero es mi realidad ahora.

Antes, nunca me habría imaginado en un papel así. Soy Eryn Knutsen, conocida por mi torpeza e inseguridad, y ahora, ¿debo actuar como *Sailormoon*? La idea me enfada. Estoy decidida a plantar cara a lo que sea que venga, mirando a mi alrededor con determinación. Los desafíos pueden ser enormes, pero ya no tengo elección.

—¿¿Por qué yo?! —grito como una posesa, estoy enfadada o indignada, ya no lo sé—. Dime, si tú lo ves todo, dime. ¿¿Por qué me elegiste a mí?! ¡Contéstame Freya, sé que me hablaste en el lago! ¡Sé que puedes comunicarte conmigo, vamos! ¡¿Te has equivocado de persona, sabes?! Soy más patosa que un bebé aprendiendo a andar y...

Una voz interrumpe mi desahogo desde detrás de mí.

—Hay preguntas que no tienen respuesta —dice una voz tranquila.

Me quedo cortada al ver a Haakon apoyado en la puerta. Qué situación más bochornosa. Seguro que estoy colorada.

—Discúlpame, pero no quiero ver a nadie —digo, y me alejo bajo de la cama.

—Eryn... has sonado muy borde —me corrige con una media sonrisa.

—¿Estás seguro? —le hago una mueca y me acerco a él.

—Por favor, no me llames de vos. Aquí todos lo hacen y lo odio, mi nombre es Eryn.

—Haakon —me coge la mano y la besa sin permiso.

—Lo sé —me aclaro la voz y me retiro—, sé quién eres, Dreide me ha puesto al tanto.

—No creo que te haya explicado los detalles, no ha querido agobiarte.

—Prefiero no saber nada más, si no te importa —me aflijo y me abrazo a mí misma—, ya me parece lo bastante surrealista...

Me giro para que no me vea. No puedo contener las lágrimas y pensar en, ¿qué habrá sido de mi familia? ¿de mis amigas? ¿estarán bien? ¿les volveré a ver algún día?

—Tranquila, mujer —me abraza por detrás y me quedo sin aliento al percibir su calidez—, no temas a nada, no te angusties que no será para tanto.

¡¿Qué no será para tanto?!

Este acto no me lo esperaba y me quedo petrificada. Me ablando como la gelatina.

—No pertenezco a este lugar, no he decidido venir aquí —murmuro.

—Hay veces en las que no elegimos nuestros pasos, es el destino quien lo hace por nosotros.

—No puedo evitar pensar en mis seres queridos... —rompo a llorar como una niña pequeña mientras él me abraza más fuerte.

Me giro y es en su fornido pecho donde me encuentro a salvo por primera vez en lo poco que llevo de tiempo en este mundo.

—Este lugar también será tu hogar hasta que tu misión haya concluido—añade acariciándome el cabello—, los reyes de nuestro Reino nórdico han sido enviados a un refugio por seguridad, el antiguo jarl, padre de Sven murió y ahora él es su sucesor el cual está aprendiendo también a sobrellevar su nuevo cargo. Yo estoy a su lado, soy su mano derecha, pero...

Silencio.

—¿Pero?

—A pesar de todo ello tengo un riguroso mandato concedido por los dioses, mi madre bien lo sabe y te trajo aquí porque a mi lado estarás segura. Al fin y al cabo, yo nací para protegerte Eryn. Estamos destinados a luchar juntos.

Nos quedamos varios segundos mirándonos a los ojos, sin decir nada. Al fin y al cabo, yo nací para protegerte... Cierro los ojos. Definitivamente me agrada el calor que desprende, no quiero irme de entre sus brazos. Su olor, me apacigua.

A la mañana siguiente varias muchachas insisten en ayudarme a vestirme, pero yo les contesto amablemente diciéndoles que no es necesario. Tras convencerlas -lo suyo me ha costado-, me dejan las ropas encima de la cama; una camisa interior beige lisa y encima de ella va un juvenil vestido en tonos morados y verdes. Me cepillo el pelo y lo anudo en un recogido informal. Recorro los pasillos y bajo atravesando el salón donde me encuentro con Dreide.

—Buenos días ¿qué tal vuestro sueño? —pregunta con una sonrisa.

—Bien, he pasado algo de frío hacia la madrugada, pero es algo a lo que estoy acostumbrada -respondo—, y por favor, Dreide llámame de tú.

—Oh, está bien —dice modesta—. Bueno, les diré a las mujeres que te lleven más mantas a tu alcoba.

—Te lo agradezco. Por cierto, quería comentarte que anoche pensé en algo que creo que pueda servirnos de ayuda.

—¿Qué pensaste?

—Es sobre el tema de la alimentación, me dijiste que no crece nada, que esta tierra se ha vuelto estéril y mucha gente en el pueblo pasa hambre por ello.

—Así es —asiente atenta.

—Mi abuelo se dedicaba a conrear el campo y me contaba trucos para que las hortalizas o frutas crecieran sanas -explico.

—Mmm, qué interesante. Reúnete conmigo tras el desayuno y hablaremos más detalladamente.

—Perfecto. Otra cosa más, ¿sabes dónde se encuentra... uh... Haakon?

—La verdad no, pero a esta hora quizá ya ha salido a cazar. Anda ves a la cocina que te espera un succulento manjar de los dioses, ves, hija, ves.

Ufff... suerte que no está en el castillo.

—Está bien, gracias.

—Nos vemos —me despide con la mano.

Bajo hacia la cocina, la verdad es que estoy hambrienta. Mis tripas rugen, las puedo escuchar desde aquí. Desde que he llegado no he comido apenas por todas las preocupaciones que he tenido. No quiero encontrarme con Haakon me da demasiada vergüenza tras el numerito de anoche, me mostré demasiado frágil ante ese hombre que me pone tan nerviosa.

Veo que el *jarl* pasa por delante nuestro con varios hombres, me comenta que van a resolver un conflicto entre vecinos.

—Buenos días.

Doy un respingo. ¡Oh, pero si está ahí! Claro, por eso la bruja de Dreide me ha incitado a venir hasta la cocina.

—B-buenos días Haakon -balbuceo.

—Esa sonrisa te queda mucho mejor, ¿te has despertado más animada?

Oh cielos, a ti sí que te queda bien todo. Qué bíceps se le ve con ese chaleco de piel de coyote... y ese pantalón de cuero ajustado ¡qué piernas, parecen troncos de secuoyas!

—¿Eryn? —tuerce el gesto.

—D-digamos que he descansado lo suficiente —me limito a decir.

—Oh, os serviré el desayuno en el salón —comenta una muchacha al verme.

—De eso nada, desayunaremos juntos ¿quieres? —pregunta mientras parte un trozo de bollo dulce y me lo enseña.

—Sí, claro que sí —respondo.

—De acuerdo —dice la joven sirviéndome la leche en un bol.

Me siento a su lado. Me gusta su presencia.

—Ya verás como pronto te adaptarás a nuestras costumbres y te sentirás una de los nuestros.

—Eso espero, no me queda de otra... —murmuro sorbiendo un tazón de leche—, los gatos, em... ¿es normal que duerman pegados a mí? Me los he encontrado a los pies de la cama al despertarme.

—Oh, son un par de traviesos y gandules —ríe—, no te agobies sólo pretenden que estés cómoda, como todos.

—Mmfm...

—Bien, tengo que dejarte hoy salgo de cacería con mis hombres y ya voy tarde.

—¿Eres el jefe de todos esos guerreros que he visto en el patio? —pregunto curiosa.

—El jefe es Sven yo soy su comandante de confianza, su *hersir* pero sí que están a mi cargo todos esos cabeza de ganados. Sven gobierna todo lo que la luz baña estas tierras, tal y como lo hizo su padre cuando estaba con vida.

—¿Y vivís aquí con los *jarls*?

—El *jarl* por el momento sí, para vigilar la fortaleza. Yo vengo a diario para entrenar y apoyarle en sus decisiones militares. Mi casa está en la aldea, ¿Por qué? ¿Te gustaría conocerla?

—Me... me... gustaría ver la aldea.

—Te prometo que te llevaré, pero ahora, demasiada responsabilidad tengo encima.

—Sobre todo ahora que yo he llegado —levanto las cejas y continuo bebiendo.

—Nah —hace un gesto con la mano—, para mí no es ninguna carga, todo lo contrario, es un placer que al fin estés aquí o, mejor dicho, una bendición.

Nos miramos y asiento, tímida.

—Hasta luego —se va por la puerta.

En este momento, las cocinas están desiertas, lo que me permite acercarme discretamente a la única ventana y observar cómo Haakon se aleja. Una suave brisa agita las cortinas, dejando entrever el paisaje exterior bañado por el sol del atardecer. Veo a Haakon detenerse de repente, abordado por una joven bajita y rubia. Intercambian unas palabras mientras ella le sonríe afectuosamente, y sin pensarlo, le acaricia la mejilla con ternura.

La expresión de Haakon cambia sutilmente, como si la cercanía de la joven le molestara de alguna manera. Retira con cuidado su rostro de su gesto cariñoso, lo que hace que la chica parezca afligida y se aleje lentamente, con una mirada entristecida y preocupada en sus ojos.

Desde mi posición en la ventana, no puedo evitar preguntarme sobre la relación entre ellos. ¿Quién será esa chica y qué papel juega en la vida de Haakon? Su interacción breve pero cargada de emotividad deja en el aire muchas preguntas sin respuesta, haciéndome reflexionar sobre las complejidades que envuelven a Haakon más allá de su papel como protector y guerrero.

Me aparto de la ventana con la mente llena de pensamientos, preguntándome si algún día entenderé completamente los entresijos de este nuevo mundo al que he sido llevada.

—Debe levantar muchas pasiones entre las jovencitas —comento en voz baja—, con lo guapo que es.

—¿Cómo dices? —responde Dreide, apareciendo de repente y haciéndome saltar.

—¡Ah! ¡Dreide, me has asustado!

—Me gusta aparecer en los momentos más oportunos. ¿Salimos a dar una vuelta?

—Claro —asiento, agradecida por el cambio de tema.

Dreide me explica que no comenzará a trabajar conmigo hasta dentro de unos días para que pueda adaptarme mejor al lugar. Paseamos por los alrededores del castillo y voy conociendo más sobre mi nuevo entorno. El paisaje es impresionante; dependiendo de la dirección en la que mires, puedes ver el mar o las majestuosas montañas. Es un verdadero placer vivir en un lugar así.

—Bebemos hidromiel muy seguido, sobre todo en las noches frías —me cuenta Dreide con entusiasmo mientras observamos a los campesinos trabajando sin descanso—. Los sábados casi siempre organizamos cenas más festivas para los *jarls* e invitamos a todo el pueblo. Ahora que están a salvo...

El ambiente parece llenarse de vida a nuestro alrededor mientras habla.

—...Los domingos descansamos en nuestras casas; es el único día de reposo. Durante la semana, los hombres entrenan, salen a pescar o a cazar, y otros trabajan los campos. Las mujeres se quedan en las cocinas haciendo sus quehaceres o cuidando a los niños. Una vez por semana

solemos visitar el pueblo y participar en las ferias. Las muchachas y muchachos jóvenes aprovechan para conocerse y cortejar.

Sus palabras me hacen sentir como si hubiera retrocedido siglos en el tiempo.

—¿Y tú tienes novio? —me pregunta Dreide con curiosidad.

—¿Novio? —respondo riendo—, no, no tengo. Pero si lo tuviera, ¿de qué me serviría estando aquí?

—Bueno, quizás pronto te salga uno —sugiere con una sonrisa picarona—. Eres muy hermosa, he visto cómo te miran los hombres a tu alrededor. Seguro que ya has enamorado a más de uno.

—Pues aquí estoy si quieren conocerme—digo tímidamente, encogiéndome de hombros.

Ambas reímos, relajando el ambiente.

—Yo solo he tenido un amor, aunque el mío no acabó bien porque él murió—explica Dreide con nostalgia—. Le conocí siendo muy joven, pero en cuanto le vi supe que era mi hombre perfecto. ¿Entiendes lo que te digo?

—Sí, un amor a primera vista —asiento, comprendiendo su sentir.

—Yo creo en la magia del destino, ¿y tú? —me pregunta Dreide con seriedad.

—Es posible —respondo pensativa.

Continuamos charlando mientras caminamos hasta llegar al campo de cultivo.

—Esta tarde se casará uno de los guerreros de Sven, por eso Haakon y los demás han salido de caza. Seremos muchos invitados.

—¡Qué maravilloso! Me encantan las bodas —exclamo con entusiasmo.

—A mí también —sonríe Dreide—. Dime, ¿qué propones que hagamos con los cultivos?

—Podemos usar cáscaras de huevo como fertilizante, porque contienen calcio—sugiero.

—Ah, ¿fertil... qué?

—Son buenos para fortalecer las hortalizas cuando las enterramos en la tierra.

—Ah, ya entiendo. Le diré a las demás mujeres que guarden las cáscaras de huevo cuando cocinen.

—¿Y usan estiércol de gallina también?

—Sí, eso lo hacemos regularmente.

—Otro truco es añadir cáscaras de plátano por su contenido en potasio —añado.

—Vale, lo probaremos.

—Esperemos que funcione —concluyo con una sonrisa.

Continuamos nuestro paseo, disfrutando del aire fresco y del entorno idílico mientras intercambiamos ideas sobre la vida en este mundo antiguo y misterioso.

Durante la mañana, recolectamos manzanas maduras con otras mujeres y decidí probar una. Mmm... ácida y fresca, buenísima. También me sirvió para lavarme los dientes. Llevamos las manzanas sobre nuestras faldas mientras regresamos hacia la fortaleza. Giramos por el jardín para entrar a la cocina cuando de pronto oímos mucho jaleo y varios hombres gritando.

Agudizo mi vista y veo a Haakon que viene malherido junto con varios hombres en camillas. Su camisa está rasgada y cubierta de sangre.

—¡¿Oh, Dreide, ése no es Haakon?! —señalo.

Se me caen las manzanas al suelo.

—¡Vamos! —me agarra del brazo y salimos corriendo.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunto alarmada.

—Había más jabalíes rebeldes de lo esperado corriendo hacia nosotros y cuando quisimos escapar mataron a uno de los canes, a otros los revolcaron por los suelos.

—A Nicholson le dejaron sin un ojo y a mí, me abrasaron las raíces de los árboles al rodar —explica Haakon.

—¡Por poco no le hincan el colmillo esos cerdos!

—¡Me lo imaginaba! —dice Dreide—, ¿cómo te encuentras?

—Exhausto, tengo mucha sed.

Aparecen varias muchachas del servicio, ayudando aquí y allá. Me siento inútil aquí paralizada y decido seguir la camilla de Haakon.

Pasan a una de las recámaras de las habitaciones de los pisos inferiores y lo sientan en una silla. Dreide ordena que se vayan. Haakon se quita la camisa sin pizca de vergüenza, como el que no quiere la cosa... ¿Qué me pasa? Me da vergüenza mirarle desde tan cerca...

Es la primera vez que un hombre me impone de esa forma. La primera desde que era jovencita y me ruborizaba el torso desnudo de un hombre... porque Haakon es un hombre en toda la extensión de la palabra...

Tomo la iniciativa le sirvo un poco de agua en un tazón. Quedo embobada al ver como después de beberla me pide más para echársela sobre su pelo... Y ahora sobre la laceración de su pecho. Quién fuera gota de agua... Uff...

Muda, escucho de fondo a Dreide cómo hablaba con él sin enterarme de qué. Yo sólo puedo pensar en lo atractivo y sexy que es...

—¡Dreide! ¡Hay un tipo que no deja de sangrar por el muslo! —exclama una chica.

—¡Santa paciencia! ¡Voooooy! —sale de la sala alterada—. ¡Eryn atiende a mi hijo!

—¿Yo?

—Eso ha dicho.

—Me marea un poquito ver sangre... —tartamudeo.

—Podría ser peor.

Tuerzo el gesto.

—Haré lo que pueda.

Cojo las gasas de algodón de encima de una mesita y las sumerjo en el agua caliente con hierbas medicinales que ha preparado una de las doncellas. Huele a tomillo, a regaliz, jengibre... Huele muy bien. Lo escurro para que suelte un poco del jugo y me acerco al guerrero sentándome en otra silla, quedándonos cara a cara. La luz natural entra por las ventanas y le ilumina como si fuera un Dios. Le paso con mucho cuidado la gasa por las heridas.

—¿Quema? —pregunto.

—No.

—¿Te escuece? —insisto.

—Tampoco.

—Bien.

Sonreímos.

Cuando termino, paso las vendas por su pecho y abrazo su espalda para volver a ponerlas hacia delante. Y así, una y otra vez hasta que considero que ya es suficiente. Mientras lo hago no le miro a los ojos, en cambio él sí. Él me fija la mirada y espero que no escuche los latidos de mi corazón.

Entonces, la intimidad y la cercanía de su mirada clavada en mis labios me hacen

deslizar suavemente mi mano sobre su piel, explorando cada línea mientras navego y descifro las vetas claras de sus ojos. Siento el palpar de su corazón, tan sincronizado con el mío. Con ternura, desliza su mano derecha y la posa sobre la cara externa de la mía, acariciándola con suavidad.

Sus ojos azules parecen profundizar en los míos con una pasión contenida, como si cada caricia fuese un lenguaje silencioso entre nosotros. La proximidad entre nuestros cuerpos crea un vínculo íntimo que me hace olvidar todo lo demás. Es como si el tiempo se detuviera en ese momento, y solo existiéramos nosotros dos, conectados por un hilo invisible de emociones intensas y anhelos compartidos.

Cierro los ojos un instante, saboreando la sensación de su tacto sobre mi piel, la calidez de su mano transmitiéndome una seguridad reconfortante. En este instante, en este lugar antiguo y misterioso, descubro que mi corazón late no solo por el miedo y la incertidumbre, sino también por la emoción y la esperanza de lo que podría florecer entre nosotros.

Chispas... saltan chispas de electricidad.

—¿Qué piensas? —pregunta mirándome los labios.

—Siento que te conozco de otra vida —digo en voz alta, sincera.

Sonríe.

—Eso es porque somos guerreros complementarios.

—¿Sólo por eso?

Nos acercamos cada vez más.

—Tu forma de mirarme... —susurro.

—¿Qué forma?

—¡¡Haakon!! —la puerta se abre de par en par.

Nos separamos de un sobresalto. Mi pecho sube y baja del susto.

Entra la misma muchacha morena de esta mañana, la que vi desde la cocina cuando se iban a cazar.

—Astrid.

—Oh, estoy desesperada... me han contado lo que ha ocurrido ¿cómo estás?

Se pone entremedias de nosotros y hace como si yo no existiera. Comienza a toquetearle el abdomen y la cara.

—Bien, bien, uh... —se aparta de ella, parece molesto—, Eryn y Dreide me han atendido.

—Debiste avisarme, oh, si te hubiera pasado algo me muero... —le abraza y él me mira como pidiéndome disculpas.

Me siento incómoda y él parece que también lo está. ¿Qué hago? ¿Me voy?

—Será mejor que os deje a solas.

—Gracias —dice ella mirándome de soslayo.

—Eryn...

—Nos vemos esta tarde en la boda de Hugh —murmuro mientras me alejo.

—Yo te cuidaré, mi amor...

Abro los ojos con sorpresa. ¿Amor? Esa chica le ha llamado "mi amor"... Besa sus labios delante de mí y un nudo se forma en mi garganta. Ilusa de mí, dejándome llevar por emociones confusas...

No puedo negarlo, apenas hemos conversado, pero siento como si le conociera desde siempre. Siento que me gusta... siento que estoy... Oh, ¡déjalo estar! ¡Estúpida!

Mi corazón late desbocado, mezclando el desconcierto con un atisbo de esperanza. Sus palabras han despertado un torbellino de emociones dentro de mí: dudas, miedo a ilusionarme demasiado pronto, pero también una extraña certeza de que hay algo especial entre nosotros.

Las bodas me parecen bonitas tanto en 2024 como en este mundo plagado de vikingos... pero aquí me percaté de que son aún más especiales, mágicas, de ensueño. Me siento afortunada de presenciar una, hasta se me saltan las lágrimas de emoción cuando la pareja jura amarse para toda la eternidad y respetar su linaje dando fruto a hijos. Y eso que yo nunca he pensado en casarme... y aunque sí tener un hijo.

Pero más de una novia pagaría —incluida yo— porque su boda fuera así de única en este paraje tan natural como es este bosque. Esos trajes de hombres honorables, esos vestidos de damas con gasas y terciopelo. Desde esta altura, el mar sereno de espuma blanca y burbujeante se ve de fondo, sobre piedras redondeadas y un marco de atardecer es testigo de la unión de dos enamorados.

El lugar lo han adornado con infinitud de flores, a mí me encanta ese aroma cuando se une con el de la sal.

Intercambian anillos y regalos de sus antepasados.

No os quiero engañar, hoy me siento melancólica. Mis relaciones no salieron bien y dudo en si podré vivir algún día un amor tan inmenso como el que tienen los recién casados.

Sven está con los novios, conversando con ellos. Haakon le acompaña también, está radiante el condenado. Los tres me miran y caminan hacia mí.

—¿Nos dais vuestra bendición, mi señora Eryn?

—¿Y-yo?

Asienten expectantes.

—Uh... claro... em... espero que seáis muy felices y que... tengáis una larga vida y muchos, muchos hijos.

Se miran con emoción y sonríen.

—Muchas gracias.

Llaman a Sven, los novios se van y me dejan con Haakon a solas.

—Estás muy bella con ese vestido.

—Eres muy amable.

Silencio. Miro a mi alrededor buscando la manera de salir de aquí.

—Eryn, con respecto a lo de antes...

—No tienes que darme ninguna explicación.

—Astrid es mi prometida, pronto nos casaremos —suelta.

No quería saberlo.

—Claro, me lo imaginé al ver os.

—Los Reyes apalabrarón mi matrimonio con Astrid, así funciona en nuestro reino, mas sólo existe una amistad entre nosotros de largos años.

Toco su rostro.

—No hace falta ¿vale? —arrugo la nariz—. Vayamos al castillo para continuar con la fiesta.

—De acuerdo —dijo no muy convencido.

Haakon toma su caballo con parsimonia, blanco como la nieve.

—¿Subes conmigo? —ofrece su mano.

—¡Eso está altísimo! —exclamo.

—No temas, soy buen jinete.

—Tu no me preocupas, más bien es el caballo.

—Yo confío en él, jamás me ha dado problemas —le acaricia mientras él relincha.

Respiro hondo.

—Está bien, si no hay otra opción...

—Podrías ir en carreta, pero es más incómodo que la silla de montar y nada glamuroso para una enviada de Freya.

—Prefiero el caballo.

Primero subo yo con su ayuda y seguidamente lo hace él de manera elegante. Nos recolocamos y pasa sus dos manos alrededor de mi cintura para coger bien fuerte las riendas.

—Agárrate fuerte a la silla —sugiere.

Asiento. Hago lo que me dice puesto que él es el experto.

Salimos al trote siguiendo a más gente y en unos pasos agigantados, ya estamos galopando. El viento mece nuestros cabellos y puedo oler los distintos matices que trae. Me siento libre. Me siento bien junto a él. Haakon agarra con más fuerza mi vientre y lo atrae hacia su torso. Noto en mi trasero su entrepierna. No puedo articular palabra.

—No te tenses, no muerdo —dice a mi oído.

—El vaivén me está matando... —murmuro un poco dolorida por el roce en los muslos de la silla.

—A mi también...

Y... cada vez su abultada masculinidad la percato más recia.

—Qué calor... —masculla en voz baja.

—¿Falta mucho?

—No.

A lo lejos se ve el castillo y yo me siento en una encrucijada. Por un lado quiero descabargar y estirar las piernas, por el otro, me encanta esta sensación que él me transmite.

—Llegamos —minoriza el paso hasta trotar.

El caballo para y nos deja bajar. Se me va la vista, Haakon está duro.

Me sofoca. Me alaga. Me mira. Yo no sé cómo disimular. Le miro risueña. Nos reímos. Nos reímos a carcajadas. Sabemos lo que está pasando. Es cómico y... natural. El caso es que a mi no se me nota por ser mujer... pero el paseíto me ha dejado a cien.

—¿Te ha gustado la experiencia?

—Ha sido mejor de lo que esperaba, tal vez te pida repetir en otra ocasión.

—Te enseñaré a llevar una bestia de éstas.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto —me guiña un ojo.

—¡Chicos! ¡Vamos, que empieza el banquete! —sale Dreide.

Aparecen Bygul y Trjegul y se lanzan a ronronearme en las piernas. Les acaricio a modo saludo.

—Estimado, ¿vienes? —pregunta Astrid, ignorando mi presencia—. Quiero presentarte a unos amigos que han venido del otro pueblo.

Se pone pálido, le cambia el semblante. Asiente y me mira de soslayo.

—Nos vemos —dice con la boca chica.

Me quedo mirando embobada cómo se va. Haakon se gira, me busca con la mirada. Trjegul tira con sus dientes de mi falda.

—¡Vamos Eryn! —apresura Dreide—, no te quedes ahí parada.

Siguen tirando.

—¡Voy!

Como hasta reventar, bebo hasta balbucear. ¡Esto sí que es una fiesta! Hablo con gente que no conozco, pero todos me caen fenomenal. Son buenas personas y es una lástima que por culpa de Loki lo hayan perdido casi todo.

Danzamos. Giro y giro, cambiamos de pareja hasta que los brazos de Haakon se unen con los míos.

—Oh —reímos al encontrarnos.

—¿Te diviertes?

—Mucho.

—Vamos... gira...

Reconozco que me siento celosa de que Haakon —el vikingo de ojos de hielo— tenga apalabrado su matrimonio con Astrid y no sea un hombre libre. Pero, no debo olvidar que yo tengo una misión en estas tierras y es ayudarles, no enamorarme. No. Eso, no está en mis planes.

—¿Os apetecería bailar? —pregunta un hombre.

—No, no le apetece —masculla Haakon—, lárgate.

—Disculpad, pero ¿no creéis que eso lo debe responder ella?

—Dirás, ¿mi señora Eryn?

—Perdón... ¿mi señora?

—No es necesario llamarme así.

Haakon me mira molesto.

—Sí que lo es, aquí todos te deben respeto.

—¿Qué decís? —me ofrece su mano.

—Estaré encantada de aceptar un baile con vos, señor —respondo.

Haakon se retira y veo de soslayo que se bebe una o dos cervezas como un animal sin quitarme el ojo de encima. ¿Pero qué le pasa? A pesar de no saber bailar esto, me defiendo bien, doy varias vueltas, palmadas y giramos, pero llega un momento que no me esperaba y que me ofende tremendamente.

—¡Idiota! —le doy una bofetada.

Haakon se percata, viene en dos zancadas y lo agarra del cuello, la gente se nos queda mirando y los músicos dejan de tocar.

—¿Qué le has hecho? —brama.

—Déjale o le ahogarás —intento calmarle.

—¡¿Qué te ha hecho?! ¡Dímelo!

—Se me ha insinuado ¿vale? Me ha dicho que cuanto quería por dejar la puerta de mi recámara abierta —confieso.

—¡Hijo de perra! —grita.

El puñetazo que le asesta en los morros es tan intenso que se le saltan un par de dientes al pobre. Me quedo boquiabierto. Y él susodicho tirado en el suelo como un pajarillo caído del nido incapaz de volar. Haakon me coge del brazo y me lleva casi arrastras de allá hasta un patio trasero.

—¡Continuad la fiesta, aquí no ha pasado nada! —exclama.

—¡Suéltame! ¡No hacía falta ponerse tan violento!

Junta su frente con la mía y advierte en un tono autoritario que no me gusta. Está sudado.

—Sabía que no era buena idea que bailaras con ese tipo, sabía que iba a propasarse contigo y que esto acabaría así ¡Lo hace con todas!

—Por qué te comportas de esta manera, ¿eh? —cruzo de brazos—. ¡Ya le había dado una buena bofetada!

—Escucha, nadie, absolutamente nadie va a ponerte la mano encima y quedar impune ¿me oyes?

Parpadeo.

—Estás fuera de tus casillas.

—Quiero y debo protegerte, aún de las sucias cucarachas como este baboso. ¿Qué crees que no me he dado cuenta de cómo te miran? ¡Los mataría a todos lentamente y después me comería sus tripas!

—¡¡Haakon!! ¡Qué barbaridad! —me largo de nuevo al banquete y lo dejo ahí vociferando solo. No quiero hablar más con él en lo que resta de noche.

Oigo de fondo a Dreide. Me oculto tras una columna.

—Así no vas a conseguir su aprecio ni que confíe en ti, hijo.

—Todo es por culpa de Astrid, de la presión por casarnos cuanto antes.

—Lo sé... su familia insiste.

—Cada vez que me mira Eryn me da la vida y en cambio, cada vez que veo a Astrid me la arrebatada. ¡¡Maldición!! —da un puñetazo a la columna de yeso y resquebraja.

—Que cruz...

—Oh... —emito un jadeo entrecortado.

Me apoyo en la columna. Mi corazón galopa y en cualquier momento se me va a parar de la conmoción.

Dreide me despierta cada mañana cuando un gallo canta al amanecer. Al parecer ella sí que vive en el castillo y sirve a menudo a los reyes como consejera espiritual, alardea de que es muy buena y yo le creo porque ahora me inspira más confianza que la primera vez que la vi. Tiene una sensibilidad especial para las premoniciones, aunque a veces su manera de hablar me parezca misteriosa. Lo dicho, la maestra me obliga a tragarme como desayuno gachas de avena, pero no dulces, sino que están rociadas con una especie de capa de mermelada agria de color verdosa que no quiero saber de qué está hecha. Dice que da energía y ayuda a que tenga más agilidad mental. ¡Pues ya puede ponerme ración doble porque ella no sabe lo patosa que llego a ser! De verdad, ese néctar o jugo, lo que sea, está malísimo. Tanto, que el sabor perdura varias horas en mi boca.

Normalmente, me visto con pantalones o faldas, en ocasiones vestidos de colores neutros; beige, marrones, verdes... y siempre llevo pieles de conejo por encima de los hombros o en las caderas. Estoy en la cueva sagrada de Nem-irr o si lo recordáis el manantial de “donde nací” en Flam. Yo que creí que era una simple cueva, pero no, se ve que es un santuario que no todo el mundo puede ver con sus propios ojos, únicamente; brujos, divinidades o animales mágicos pueden pisarla. Me trae aquí cada mañana para *profundizar en mi ser*, como ella lo llama.

—Maestra Dreide tengo varias cuestiones que rondan mi cabeza.

—Adelante.

—¿Cómo cruzó Bygul y Hildisvíni hasta mi mundo? —pregunto interesada.

—Los animales pueden cruzar a través de cualquier balde de agua como un río, un lago, un charco...

—Mmm claro, eso lo explica todo... ¿y yo podría cruzar de nuevo a mi mundo?

—No. Una vez has venido a este mundo no puedes irte sin finalizar tu misión.

—¿Y cómo es el transcurso del tiempo? Es decir, ¿mi familia continúa con su vida sin mí o todo sigue igual?

—No hay información sobre ello en los manuscritos, ningún mortal ha cruzado nunca entre pasado y futuro como para contarlo.

Respiro hondo, ¡qué complejo es todo! No hay vuelta atrás, debo convertirme en una guerrera vikinga sí o sí y mantenerme firme con todas estas dudas.

—Eryn —me mira de reojo.

—¿Sí?

—Hoy es un día importante, te enseñaré a meditar —anuncia—. Es algo básico en todo ser espiritual y debes dominarlo a la perfección.

Estamos escondidas en una sala subterránea, bajo una pequeña cascada. Ambas con las piernas cruzadas y la espalda erguida.

—¿Cómo voy a meditar con este ruido? —pregunto alzando la voz—, no puedo concentrarme si me caen litros y litros de agua en la cabeza.

—Esa es la clave, conseguir mantener la calma de tu espíritu, aunque al alrededor venza el caos. En el equilibrio mental está la clave del éxito.

—Sí, sí, eso es muy fácil decirlo, pero...

—¡Shh! ¡Concéntrate!

—Está bien... -murmuro.

—Estate muy atenta a mis palabras —dice con voz pausada mientras cierro mis ojos y trato de evadirme—. Primero debes concentrarte e ignorar todo aquello que te distraiga, aísla en tu cabeza los ruidos y las preocupaciones. Repite conmigo; La serenidad es mi poder.

—La serenidad es mi poder.

—Otra vez.

—La serenidad es mi poder.

—Dime, ¿qué ves?

—Agua, veo agua porque la oigo.

—Ignórala. Quiero que seas el agua y fluyas con ella —agrega—, repite la frase.

—Soy el agua, fluyo con ella, la serenidad es mi poder.

—No lo digas, créetelo.

—Soy el agua. Yo soy el agua...

De pronto suena una campana que me hace abrir de golpe los ojos.

—Maestra ¡¿qué hace ahí enfrente?!

—Ya ha acabado tu clase, Eryn.

—Pero si acabamos de empezar —digo extrañada.

—Llevas meditando más de media hora, por hoy está muy bien —sonríe—, lo has hecho mejor de lo que me esperaba. Te felicito.

—¿¡De verdad!?

Asiente orgullosa.

—De verdad. Regresemos, ahora es el turno de Haakon.

Ahí está. Hace días que no hablo mucho con él.

—Hola, em... —balbuceo—, la maestra Dreide me manda para acá.

—Y ¿qué tal te va con ella?

—Mejor de lo que me esperaba —sonríe—, espero que tú me instruyas igual de bien.

—Por supuesto —enarca una ceja—. Haré de ti toda una *Berserker*.

Mi mente ya no está serena y es un craso error porque mi deber es mantenerme concentrada.

—¿Empezamos? —sugiero.

—Te voy a enseñar algo muy sencillo para que no te agobies. ¿Alguna vez has usado una daga o una espada?

—No, nunca. Sólo he usado un cuchillo y es para cortar jamón serrano.

—¿Jamón qué?

—Serrano. A mi padre le encanta España y desde que lo probó allí hacen que se lo importen cada Navidad. Te gustaría.

Zarandea su cabeza incrédulo.

—A lo que vamos. ¿Sabes usar el arco?

—No, no uno de verdad...

—Está bien, esto va para largo...

Hay una mesa repleta de armas.

—Mira, aquí tienes varias dagas estas son más grandes, podrás usarlas cuando domines las pequeñas y sepas en qué puntos herir a tu enemigo.

—No sé si estoy capacitada para herir o matar a alguien —titubeo.

—Cuando pienses en eso, repite en tu cabeza que es tu vida o la de él.

—Sí eso lo dicen en las pelis y suena muy heroico pero la realidad es muy distinta...

—No sé qué es una peli.

—Son imágenes que se emiten en una sala a través de una gran pantalla, allá vamos a observarla y a comer palomitas con refresco.

Alucina.

—¿Por qué no nos vemos más tarde y me cuentas cosas sobre tu vida en la otra era?

—Si estás interesado, por mi guay.

—Toma —me entrega una—. No debes tener favoritismos a la hora de empuñar una espada, en este caso una daga. Debes controlarla en todo momento con las dos manos.

—Me va a ser difícil con la derecha, no quiero ni pensar con la izquierda.

—Eso sólo será al principio, pronto te acostumbrarás y usarás dos a la vez.

—¿Dos a la vez?!

—Sí, ya lo verás. Estoy seguro.

—Yo no lo creo... —abro los ojos muerta de miedo.

—Los puntos clave —añade señalando cada parte del cuerpo—, garganta, pecho izquierdo, riñones. Si deslizas la hoja o la hundes tu rival muere casi al instante.

—Y cómo tengo que luchar, es decir, ¿cómo tengo que manejarme?

—Tienes que dominar la situación, saber cuándo atacar y cuando no.

Haakon es buen instructor. Intento no pensar en lo que escuché la otra noche porque me entristece, ya con tener su amistad me conformo. Nos pasamos un rato largo poniendo en práctica sus enseñanzas. Es un excelente maestro, como su madre. Me demuestra de qué manera se paran los golpes desde todos los ángulos, primero, con las manos desnudas y después con las dagas. Estoy aprendiendo a defenderme y los movimientos clave para arremeter contra el enemigo de forma segura sin poner en riesgo mi vida. Debo decir que me da pavor el estar en peligro y ser yo la que tenga que responder por mí y por todo el pueblo, pero le estoy cogiendo el gustillo a esto y pienso trabajar duro para ser la mejor.

Nos reímos, nos complementamos. Tenemos un *feeling* especial. Pero me recuerda el subconsciente que Haakon está ocupado y yo sólo soy a quien tiene que defender. Debo entenderlo yo, y debe entenderlo él.

Todo va genial hasta que ella se para enfrente nuestro y yo deseo gritarle que estorba al instante al oírle decir...

—Cariño, ¿no pueden instruir otros guerreros a Eryn? —pregunta con las manos en jarras.

Supe que Astrid, era más joven que yo, la primogénita de seis hermanos. Hija del más importante granjero del pueblo, ya que su familia da mucho trabajo a aldeanos y la carne de su ganado alimentan a muchas familias, incluida a la de los reyes.

Si las miradas matasen yo estaría calcinada... pero ella totalmente reducida en cenizas.

—Astrid, modera tus palabras o le diré a tu padre que te lave la boca con jabón —masculla—. Olvidas quién soy, respétame y, sobre todo, respeta a nuestra señora Eryn enviada por Freya.

Touché. La muchacha aprieta la mandíbula, se siente ridiculizada. Frunce el ceño haciendo una mueca de enfado y cruza los brazos para irse a donde quiera que haya salido.

—Creo... creo que por hoy ya es suficiente —digo intentando parecer tranquila.

—Siento si... —balbucea Haakon.

—No pasa nada. Entiendo que a tu novia no le haga gracia que te pases el día conmigo —añado y sin más me doy la vuelta.

—¿Nos vemos más tarde verdad?

—Sí.

Cuando doblo la esquina para adentrarme al castillo por la puerta trasera me topo de nuevo con Astrid, tiene una expresión desagradable, aunque es una muchacha bonita. Parece que ha venido corriendo para hablar conmigo o... recriminarme cosas.

—Que seas la elegida de Freya no te da derecho a venir y creerte la dueña de todo lo que pisas —espeto muy enfadada.

—¿Cómo? —hago una mueca—. Mira Astrid estás equivocada, se nota que no me conoces yo no soy así —me defiendo.

—Haakon es mi prometido y pronto me casaré con él. No voy a permitir que ni tú ni nadie me lo arrebaté, ¿queda claro?

—No tengo intenciones de hacerlo.

—¡Por favor! Conozco a las tipejas como tú, vais de mosquitas muertas y luego sois peores que las rameras, engatusáis a los hombres y hacéis con ellos lo que queréis.

—Mucho cuidado con lo que dices, no voy a permitir que me faltes al respeto —señalo —, soy una mujer adulta y libre para poder hablar, reír o simplemente entablar amistad con quien me dé la gana.

—Estás avisada. No quiero verte cerca de él.

—Pues lo siento mucho, pero me vas a ver porque él y yo tenemos una misión juntos que vamos a llevar a cabo.

—¿¡Qué pasa aquí!?

—Haakon.

—No pasa nada, cielo. Estábamos charlando sobre...

—Astrid me estaba dejando claro que eres su futuro marido por lo que no le agrada que me acerque a ti —confieso.

Eso le pone furioso. Aprieta los puños.

—¿Qué tienes que recriminar, Astrid? —la zarandea del brazo—. ¡Me tienes hartos con tus celos y exigencias!

—N-no te p-pongas así...

—¡Pues deja de hacer de las tuyas o nuestro pacto se habrá terminado!

—¡No puedes hacer eso los reyes te amonestarían!

—¡Ya es suficiente! —me entrometo—. Haakon es mi guerrero complementario y nunca habría nada entre él y yo. Además, ya hay alguien esperándome en mi mundo a quien amo con todo mi corazón. Puedes estar tranquila.

Él se queda perplejo, confundido. Y yo, me callo para no decir más mentiras y alejarme de ahí antes de llorar como una niña pequeña a la que le han rebatado su muñeca favorita.

Paso la tarde encerrada en mi alcoba con la compañía de Trjegul y Bygul. Distraída al escuchar sus peripecias. El cielo está encapotado. ¿Lloverá?

No os podéis imaginar la angustia que tengo tras mi conversación con Astrid. He mentido, pero era necesario para que dejara en paz a Haakon. Cuando nos despertamos del sueño reparador, éstos están contentos y mueven la cola de un lado a otro, se me suben encima y me lamen la cara.

—Basta, chicos, basta —me hacen reír.

—Estás salada, ¿estabas llorando? —pregunta Trjegul.

—Em... bueno... extraño mi mundo, a mi familia y amigas —respondo y respiro hondo —. Incluso extraño mi trabajo. ¿Quién lo iba a decir?

A pesar de que no quiero decirles la verdad, no es mentira, no he parado de pensar en

ellos desde el minuto uno en que pise este lugar.

—No estés triste, nosotros somos también tu familia ahora —se restriega Bygul entre mis piernas.

Aw... me parece de lo más tierno este par.

Tocan a la puerta. Me levanto de la cama y abro. Es Dreide.

—¿Aún no estás lista?

Su pregunta me choca.

—¿Para qué?

—Hoy hacen entrega del *brisingamen*, ¿no te lo ha dicho mi hijo?

—No.

Está ocupado en otros asuntos.

—¡Bygul! ¡Trjegul! ¿Vosotros tampoco le habéis dicho nada?

—Se no pasó... ups.

—Dicen que se les pasó.

—Ais... Iré a buscar tu vestido y les diré a las doncellas que te arreglen.

Media hora más tarde, estoy lista. Aunque agotada por tantas fiestas. Ahora mismo soy la apatía en persona.

Cuando salgo de la alcoba hago *bingo* y me topo con el hombre más guapo de este castillo. Hace una bocanada de aire al verme.

—Cielos... estás... wow. Impresionante.

Aparta un mechón de pelo de mi rostro y se lo agradezco.

—¿Cómo estás? —pregunta en un tono normal.

—Bien. He descansado —respondo y por educación yo también me intereso—. ¿Y tú? ¿Qué has hecho?

—He aprovechado para ir a la aldea y recaudar unos impuestos que me quedaban por cobrar.

—Genial.

Bajo por las escaleras, me esperan para cenar. Hoy me harán entrega del *brisingamen*. Al parecer los reyes quieren que se celebre una fiesta en mi nombre, mandaron un mensajero con una misiva diciendo que, aunque ellos no puedan salir de donde están, quieren que se me trate como es debido. Se alegraron muchísimo cuando se enteraron de que ya estaba aquí.

La gente del pueblo quiere verme bien, feliz, esperan ver a la misma representación de Freya que yo veía en los cuadros, en los libros. Resplandeciente, poderosa como una diosa, como lo que es.

Pienso en mi casa, en mi vida de antes y en mis seres queridos. Por una parte, quisiera borrar todo lo que me está pasando, pero al mismo tiempo quiero quedarme y ayudarles. Estoy dividida por dos mundos distintos pero muy parecidos a la vez.

Me han recogido el cabello suelto pero adornado con cristales. Llevo un vestido de gasa azul celeste. Mis dos gatos van delante de mí y al bajar las escaleras todos los presentes me aplauden emocionados. Entre todos ellos el *jarl* Sven que está mucho más atractivo. Sonrío. Me creen grande, pero yo me siento pequeña al estar al frente de ellos. No quiero decepcionarles. Descanso en el asiento que me indican los guerreros y pronto veo a Haakon. Se ha recogido el pelo en un moño alto y lleva el reluciente *brisingamen* en sus manos como un trofeo. El collar echo de oro y brillantes transparentes y ambarinos es bellísimo.

—Yo, Haakon, con el consentimiento de los Reyes y ante mi *jarl* de todos los vikingos,

vuestro más fiel protector os hago entrega de vuestra joya más preciada como símbolo de poder y estatus. Este collar es la representación del sol y de los ciclos del día y la noche.

Asiento y me levanto. Se me eriza el vello de mis brazos cuando me roza con sus nudillos la espalda y noto cómo mis pezones se endurecen. Percibir su olor me hace recordar nuevamente los breves momentos de intimidad entre nosotros y me maldigo por pensar por un instante en alejarme de aquí, lo que implicaría también de él.

—No sabíamos si llegarías o no a este mundo, sin embargo, lo he protegido muy bien durante años para que nadie lo robara —dice a mi oído confidencialmente.

—¿De verdad lo has guardado todo este tiempo por mí?

—Sí, así es, sin dejar de pensar en el día en que te lo pudiera posar sobre el cuello y que lo pudieras lucir como una diosa, como lo que eres.

—Oh, Haakon —musito tocando la joya—, será un honor para mí llevarlo.

De repente, se escuchan sonidos de aves muy estridentes.

—¿Has oído eso? —pregunto alarmada.

Él me agarra de la cintura y me protege con su cuerpo.

—¡Mi *jar!*! —respira agitado un guerrero entrando al comedor—. Creemos que Loki está sobrevolando el castillo. Tiene intenciones de atacar.

—¿¡Cómo dices!? —masculla Sven.

—Sí, los otros guerreros han divisado a sus secuaces desde las torres.

—Eryn—me mira Hákon—. Corre, enciértrate en tu recámara. No salgas por nada del mundo.

—Pero... yo...

—Haz lo que te digo —dice con dureza—, ¡vamos, que las mujeres y los niños se pongan a salvo, guerreros seguidme!

No me da tiempo a decir ni una sola palabra más. Haakon se va corriendo junto a los demás hombres. Yo no puedo quedarme quieta con el corazón en un puño, no quiero que le suceda nada malo. Decido ir tras ellos ignorando las órdenes de mi vikingo.

Al salir al exterior. Veo el caos que se respira en la entrada del castillo. Está anocheciendo y para colmo chispea. La gente grita con pavor y muchos huyen de allá. Inesperadamente, un ruido espeluznante llega a mis oídos. Los tapo con mis manos y caigo de rodillas al suelo, parece que ese sonido me paraliza. Me traspasa el tímpano y se me instala en la cabeza haciéndome gritar de desesperación.

-¡Eryn te dije que te encerraras! —leo en los labios de Hákon.

-¡Mis oídos! —grito-. ¡No puedo oír nada!

Estoy muy mareada, aturdida. Respiro con dificultad. ¿Soy la única que escucha esta siniestra melodía? A las personas de mi alrededor parece que no les afecta. Percibo de donde viene mi dolencia. Pasa rápido y ágil sobre las cabezas de los mortales sin que ellos puedan verle. Me mira fijamente y con descaro, presiento que disfruta con verme sufrir.

Haakon trata de sacarme de aquí pero mi cuerpo está casi petrificado. Bygul y Trjegul se acercan a mi para protegerme. Sin saber cómo, recuerdo todo lo que he aprendido con Dreide durante este tiempo. La serenidad es mi poder. Repito en mi mente. Ignorando el caos conseguiré el equilibrio.

-Freya. Te invoco para lograrlo, ¡ayúdame! —digo en voz baja.

Rompo el hechizo. Vuelvo a mi estado normal. Ya no oigo ese sonido martirizante y Loki se percata. Me levanto enfadada y le grito;

-¿Creíste que podrías conmigo?

Ya no es un simple pajarillo, ahora es una ave gigantesca y horripilante de ojos rojos que lanza llamaradas de fuego. Haakon me pone a cubierto. Loki no va solo, hay muchas aves con él, su ejército le acompaña, son sus títeres.

-Bygul, Trjegul cuidadla –anuncia antes de irse.

-Escuchadme –los miro a los dos y les entrego el *brisingamen*-, Loki no se irá hasta que le demuestre que no le tengo miedo. Si él está aquí es porque sabe que yo ya existo y no voy a permitir que haga más daño.

-Es peligroso –dice Bygul.

-Aún no estás capacitada para enfrentarte a él Eryn –añade Trjegul.

-Pero tengo que intentarlo –salgo corriendo de aquel escondite para regresar al campo de batalla instalado.

Cojo varias dagas de un guerrero y me paro enfrente del enemigo.

-¡Escúchame pajarraco! –grito-. Aléjate de mi pueblo o te sacaré los ojos.

-Cuando oí que Freya te había elegido no lo creí –ríe-. Pero ahora veo que es cierto. Déjame decirte que me has sorprendido no todos pueden deshacer mis cánticos del más allá.

-¡Vete! –bramo-, no te voy a permitir que hieras a más gente.

Inspira. ¿Qué va a hacer? ¿Sacar fuego? No dejo que acabe la bocanada de aire pues le despisto con mi mala puntería y se carcajea al sentir como el afilado cuchillo pasa sin rozarle ni una pluma.

-¿Eso es todo lo que sabes hacer?

Presa de rabia vuelvo a afinar en mi objetivo y lanzo mi último puñal para dar en la diana. Le rozo el ojo, sin llegar a mutilárselo y se queda pasmado.

-Has fallado –dice enfadado.

-No, no lo he hecho.

-¿Con que quieres jugar eh? –se convierte en un pequeño pajarillo-, sígueme si puedes.

Me reta y yo acepto el juego.

-¡Eryn detente, es una trampa! –exclama Hákon mientras yo me interno en el bosque.

Loki se mueve de árbol en árbol y no soy capaz de seguirle con la vista, es demasiado rápido.

Unas manos fuertes me agarran y caemos de bruces al suelo.

-¡¿Estás sorda, mujer?! ¡Estás corriendo un grave peligro, salgamos de aquí!

No nos da tiempo a huir. Oigo risas, las hojas de los árboles se zarandean y muevo la cabeza en su búsqueda. El suelo comienza a tambalearse, miro al vikingo de ojos de hielo, sé que está muy enfadado conmigo por haberle desacatado. Su rostro está desencajado, lleno de ira. La tierra se raja a nuestros pies, él me agarra la cabeza y me protege con su cuerpo porque estamos a punto de caer como muñecos de trapo a un hoyo profundo.

6

Despierto. Estoy encima de él y me retiro asustada.

—Haakon —lloro—, Haakon ¿estás bien? —le zarandeo.

—Sí.

—Oh... —le abrazo—, creí que... que...

—¿Qué había muerto? No. Por suerte ni tú ni yo hemos muerto.

Está serio, sus palabras son secas y cortantes como afilados cuchillos. Se muestra frío y más distante de lo normal.

—Te has raspado el cuello —señalo preocupada—. Oh, la herida del pecho... está sangrando....

—¡Suéltame!

—¿Estás molesto conmigo porque...?

—¡¿Molesto?! —me interrumpe en tono pedante—. ¡Estoy furioso, Eryn!

—Lo siento... lo siento mucho... —sollozo.

—Dime, ¿por qué razón me has desobedecido? ¿eh? —me coge de los brazos y me aprieta fuerte.

—No quería que te hicieran daño... quería intentarlo... yo... quería enfrentarme a... —titubeo.

—¡Eres una inconsciente! —brama a pocos centímetros de mi rostro.

Me quedo callada. Sus rugidos dan miedo y hacen que me paralice.

—Perdón —se retira al verme temblar—, perdóname, yo no... no he debido hablarte de este modo.

Aparto la vista.

—Tienes razón todo es por mi culpa, debí quedarme en el castillo, si lo hubiera hecho ahora no estaríamos aquí, pero... —comienzo a llorar de nuevo—, no podía quedarme de brazos cruzados sin saber si estabas bien o no.

—No llores... no lo soporto -me abraza con sentimiento—. Pero deberías dejar que hiciera mi trabajo como es debido sin objeciones.

—¿No te das cuenta? No quiero que te pase nada.

—¡¿Es que no te das cuenta tú?! —se separa y toma mi rostro—. Eres muy importante para mí, si llego a fallarte... si logran herirte... No me lo perdonaría nunca.

—Haakon...

Me besa en un arrebato y yo pierdo el sentido. Esto no me lo esperaba. Sus dedos se funden entre mis mechones, acarician mi nuca y me fundo con sus labios. Me entenece esta intimidad y un oleaje de sentimientos me recorre el estómago. Noto una excitación que crece en mí y que va ligada a un sentimiento que nació en el mismo instante en el que le conocí en carne y hueso ¿o quizá cuando su figura y su rostro estaban esculpido en aquella misteriosa escultura? ¿Tal vez cuando soñé con él?

Pronto, la superficie a nuestros pies se eleva y se vuelve a juntar. Vemos la luz del atardecer y con ella el paisaje que nos rodeaba minutos atrás.

—No debiste besarme —inquiero.

—Lo sé, fue algo que me salió. Alguien te espera en el otro mundo y yo sólo soy ése quien ha de protegerte.

—No tienes ni idea de lo que dices, tú tienes un compromiso con Astrid.

—¡¡Sé bien cuáles son mis obligaciones!! —exclama—. Yo te fui sincero ¿y tú? Ocultaste que tienes a alguien más en tu mundo. Eso me duele.

—¡¡A mí me duele que Astrid esté en tu vida!!

—Es sólo mi amiga —recalca.

—Y será tu esposa.

Cierra los ojos y respira hondo.

—Si tú me lo pides acabo con ese maldito pacto, aunque me den cien latigazos, aunque me dejen sin comer ni beber durante treinta días o tenga que pisar clavos ardiendo.

—No sería capaz de hacer eso. Nuestros caminos se separarán cuando todo esto termine y no voy a ser tan egoísta como para que arruines tu vida.

—¿Y qué hago con esto que siento por ti?

Derramo una lágrima.

—Haakon...

—Responde. ¿Qué hago?

Intenta besarme de nuevo... pero le evito.

—Olvidarlo.

El camino de regreso al castillo es de lo más frío y distante. Se hace eterno e incómodo.

—¡Por todos los Dioses! —exclama Dreide al vernos—, decidme que estáis sanos y salvos.

La miro apenada, incapaz de responderle. Con los ojos vidriosos y muy triste por todo lo sucedido.

—Estamos bien —musita Haakon.

Me voy corriendo al interior y me encierro de nuevo en la habitación. Al ver mi estado todos preguntan qué me sucede, pero les grito que no quiero que nadie entre ni me moleste.

Hundo la cara en las almohadas rellenas de plumas de oca y maldigo diez veces el haberme enamorado de un hombre como mi guerrero, prometido y de otra era. He de ser realista no podemos estar juntos y eso me duele. Pero estoy dispuesta a resignarme.

Días más tarde, nuestra relación se torna casi nula y me pesa porque nos llevábamos tan bien... Intento no cruzarme con él y si lo hago, intercambiamos cuatro palabras cordiales.

Para distraerme, además de mis clases de estudio con Dreide me voy a caminar a la orilla de la playa con los gatos. Y aunque el agua esté más que helada, me relaja oír las olas y ver cómo ese par sí se dan un chapuzón. Otros días, la acompaño al huerto para ver si la cosecha ha mejorado y sí, mis consejos resultaron útiles. Conozco por primera vez la aldea, el mercado, la iglesia, los comerciantes... me hacen regalos y me siento contenta, respiro aire nuevo para evadirme y no pensar tanto en Haakon. Y hablando del rey de Roma... Dreide me ha comentado que quiere viajar unos días a su pueblo, Reine, porque hace tiempo que no lo visita, pero yo sé que en el fondo es porque él también necesita estar solo.

—Bueno, aprovecharé que estamos aquí y visitaremos a unos curanderos amigos míos que viven cerca del muelle.

—Dreide, disculpa, pero quiero marcharme ya para la fortaleza.

—Oh, ¿y eso?

—Me duele la tripa, creo que lo que he almorzado me ha sentado mal —me toco la boca del estómago.

—¿Las gachas de centeno?

—Sí, es probable.

—Vaya, pues te prepararé un té de camomila.

—No te preocupes, puedo hacerlo yo. Ves a visitar a tus amigos.

—¿Estás segura?

—Sí, los guerreros de Haakon me custodiarán.

—De acuerdo, ten cuidado.

Les comunico mi deseo de regresar a los hombres y marchamos hacia el castillo en caballo. Es cierto que no me encuentro demasiado bien, apenas tengo apetito. Será el cansancio que llevo en el cuerpo y el agotamiento mental. Ya no recordaba lo enfermizo que era amar.

Cuando llego me despido de ellos y les agradezco su amabilidad, voy hacia las cocinas y les pido a las muchachas que me acerquen la camomila. Pongo agua a hervir y la dejo macerar unos minutos. Cuando está lista la tomo a sorbos pequeños sentada en un banco. Mmm... qué calentita y suave.

Recuerdo que mi madre adoraba el té, le decíamos que parecía inglesa. Tenía una colección de tés en la despensa de la cocina y cada día, según su estado anímico o del tiempo, optaba por tomar uno u otro.

—Mi señora... ¿Habéis visto a Dreide? —pregunta un mozo que no había visto antes por aquí.

—Dreide está en la aldea, ha ido a visitar a unos amigos. ¿Por qué lo preguntas?

—Ha ocurrido una desgracia y Haakon la busca.

—¿Haakon? ¿Qué ha pasado con él?

Me alarmo, me pongo en pie y la taza se me resbala de las manos derramándose encima mío.

—Oh, no...

—¿Os habéis quemado?

—No, no... olvídate de eso, dime ¿qué ocurre?

—Han envenenado a los caballos más jóvenes y destripado a otros... ¡una matanza!

Se me eriza el pelo de lo horripilante que suena eso.

—¿Cómo? ¿Quién ha podido hacer algo así?

—No lo sabemos.

—Iré yo misma.

—Buena idea, quizá con vuestra ayuda podáis salvar a los que quedan vivos.

—Bien, lo intentaré.

Actúo rápido. Cojo un bol y lo lleno con el agua que he calentado minutos atrás. Está tibia pero ya me sirve. Recuerdo en el recetario de hierbas medicinales para curaciones internas, veamos un poco de hinojo, camomila, comino y anís... Cuando cuelo el líquido lo meto en un botecito de cristal y salgo pitando con el mozo. Corremos atravesando la hierba del patio y salimos por la derecha para dar al ruedo donde no hay nadie entrenando a los caballos, me extraña, normalmente hay muchos hombres por aquí... Llegamos a los establos donde descansan los animales. Está oscuro y, efectivamente hay caballos retorciéndose de dolor semi inconscientes en el suelo. Uno de ellos ha muerto y los demás no tardarán mucho. Es macabro ver esto. Quien lo haya hecho no tiene ningún tipo de sentimiento. Me agacho e intento introducir el calmante por la boca, es inútil... se derrama. El animal no tiene fuerzas para tragar y me da muchísima pena.

—No puedo hacer nada por ellos.

Me doy cuenta de que hablo sola. Busco al mozo con la vista, ha desaparecido.

—Eryn

Oigo su voz. Me pongo de pie.

—Haakon, no te había visto. ¿Cómo ha pasado esto?

—Cuando he llegado estaban así.

—Es terrible... pobres animales...

Camina varios pasos hacia adelante.

—Llevamos varios días sin hablar -comenta.

—Es cierto, necesitaba tiempo para estar conmigo misma y pensar.

—Quería que supieras que voy a irme a mi pueblo.

—Sí, Dreide me lo comentó.

—Me casaré con Astrid en un mes y ahí viviremos.

—¿Qué? ¿Y qué pasa con nuestra misión? ¿Vas a dejarme tirada?

—Encomendaré a otro guerrero para que te instruya.

Eso me molesta.

—No puedo creerlo. ¡Tú eres mi complementario! ¡Nadie lo va a hacer mejor que tú!

—He pensado en tomar a rajatabla lo de olvidar mis sentimientos.

Agacho la cabeza. Estoy a punto de llorar.

—Aceptaré tu decisión sea cual sea y por mucho que me duela que me dejes tirada sigo pensando que Astrid te conviene más que yo.

—Pero antes de que me vaya, voy a hacerte mía...

—¿Cómo dices?

Petrificada por esa fría expresión en sus ojos no me da tiempo a reaccionar cuando me agarra de las muñecas con fuerza y las coloca hacia mi espalda. Coge mi rostro y me besa violentamente.

—¡Ah! ¡Basta! ¡¿Qué haces?!

Tira de mis cabellos. Hace caso omiso y continúa besándome. Muerde mi cuello y me hace daño. Se separa y rasga mi ropa con fuerza y mis pechos quedan expuestos a él. Atónita suplico que pare. Me tapo avergonzada. No le reconozco.

—¡¿Te has vuelto loco?!

Los lame con fiereza y los aprieta. Forcejeo. Lloro. Me abofetea y me tira al suelo, caigo sobre la paja, intento escapar, pero él tiene más fuerza.

—¡¡Haakon!! ¡¡No!!

Levanta mis faldas y toca mis partes íntimas hundiéndose en mi interior. Quiero morirme si consigue penetrarme sin mi consentimiento. No podré superarlo jamás. No puedo creer que él esté haciéndome esto.

—¡Sal del cuerpo de mi hijo, maldito cambia formas!

Es la voz de Dreide... pienso para mis adentros. Ha dicho... ¿Cambia formas? Eso quiere decir que... Comienza a hablar en vikingo antiguo y le lanza una ofrenda sagrada con una serie de runas inscritas. Le sale humo del rostro como si quemase... y entonces cae al suelo bramando de dolor hasta que llega la calma y Haakon vuelve en sí. Estupefacto al vernos, le cuesta asimilar lo sucedido.

Me arrastro hasta Dreide tapándome con los brazos.

—Suerte que has llegado a tiempo —lloro arrodillada cogiéndole las piernas a Dreide —. Ha estado a punto de violarme.

—Era Loki, los ha hechizado a todos y maniatado. Estaban encerrados en las mazmorras. Mis colegas me lo advirtieron y vine en seguida.

—Eryn... yo...

Le miro con lágrimas en los ojos, avergonzada.

—¡Cielos! ¿Yo le he hecho eso?

—No hijo, fue Loki quien te dominaba.

—¡Soy un monstruo!

—Tranquilizaos los dos.

—Lo siento en el alma, Eryn... yo no quería hacerte daño... ¡Dios! No me lo voy a perdonar jamás.

No puedo dejar de llorar a pesar de...

—No tienes la culpa... tranquilo.

—Pero me acuerdo de que iba a... a... ultrajarte, te he desnudado y... tocado y...

¡Quiero morir ahora mismo!

Lloro más fuerte.

—No quiero oír nada más, Dreide acompáñame a mi habitación no quiero estar sola...

—Ven, vamos, cariño... vamos... ya hablaremos más tarde, Haakon.

Miro por la ventana mientras converso con Dreide desde mi recámara.

—Loki sabe lo bien que os lleváis y quiere enfrentaros.

—Me siento fatal, sé que Haakon no ha tenido la culpa.

—Está devastado, él es un hombre noble incapaz de tocar ni un solo pelo a una mujer sin su consentimiento.

Rompo a llorar.

—¡Dreide es Haakon! -señalo-. Está cabalgando, se está yendo...

—¿Y adónde va a ahora, éste?

—He de seguirle —me pongo la capa de pelo deprisa y corriendo.

—¡Es peligroso! —frena mis pasos—. ¡Loki puede volver a hacer de las suyas!

—No me importa, Haakon me necesita ¿y si le ocurre algo? Antes ha dicho que quiere morir... ¿y si lo intenta? Está muy afectado por lo ocurrido.

Dreide me mira con afecto, seca mis lágrimas con sus dedos y su tono de voz se torna de lo más dulce.

—Es inevitable amarle ¿verdad?

No me esperaba su comentario, me deja vulnerable.

—Oh... yo...

—No hace falta que me respondas lo veo en ti, anda, ves a buscarle, pero ten mucho cuidado y no confíes en nadie.

Asiento firme.

—¡Quiero un caballo ensillado! —grito cruzando el patio de armas de forma apresurada, llegando a las caballerizas-. ¡Un caballo manso, ahora!

—Sí, señora.

Uno de los mozos corre a los establos y ensilla a una yegua. Ya la había visto antes y es algo tozuda pero no tengo tiempo para escoger.

El animal se pone un poco nervioso al montarlo, debo transmitirle mi energía, que no es muy pacífica ahora mismo. Le doy varios toques con el talón y se pone al trote. Cogiendo bien las riendas la apresuro, tengo miedo, es la primera vez que me pongo a galopar sola y no es lo

mismo que estar acompañada. Sigo el rastro de Haakon, mi intuición me dice que ha ido al bosque. Pasando entre árboles, y riachuelos, dejando atrás el castillo, oigo sacudidas y gritos de lamentos. Está ahí, atónita veo su torso semidesnudo chorreando de sangre, autoflagelándose con un instrumento de castigo llamado *disciplina*, creado para sufrir y lacerar con sus picos de cáñamo.

—¡Basta Haakon! —exclamo—. ¡Así no vas a conseguir nada!

—¡¡AAAHHH!! —vocifera.

—¡¡Que pares he dicho!! ¡¡Es una orden!!

—¡¡Vete!! ¡¡No quiero ver a nadie, mucho menos a ti!! ¡¡No puedo mirarte a la cara!!

—brama.

Es la primera vez que le veo llorar y me parte el corazón. Intento que entre en razón.

—No eras tú quien me hacía esas cosas, era Loki, él te ha utilizado y te juro que lo pagaré. No le des la satisfacción de hacerte tú daño.

—No soy bueno para ti, márchate —espeta.

—No voy a largarme sólo porque tú me lo digas.

Un trueno resuena en los cielos y la fina lluvia comienza a brotar, moja nuestros rostros. El caballo se asusta y comienza a moverse inquieto.

—So... so... —intento apaciguarlo.

—¿Eryn?

—No puedo controlarlo... ¡ayúdame!

—Quieto, tranquilo... soo...

—¡Ah! —me tira al suelo y caigo rodando.

—¡¡Eryn!!

Me golpeo la cabeza y pierdo el conocimiento.

—Mmmm... —frunzo el cejo al despertarme.

Acaricio con mis manos unas pieles muy suaves que me envuelven. He dormido plácidamente. Recuerdo estar discutiendo con Haakon en mitad de una llovizna en el bosque y ahora, no sé bien dónde me encuentro.

—¿Dónde estoy? —pregunto en voz alta, algo desorientada.

—Estás en mi cama, ésta es mi casa.

—Uh... —la miro alucinada—. ¿Pero cómo...?

—Refugiados por la lluvia —concreta Haakon observando el calor del fuego ardiente, anaranjado y ocre—. Te cogí en brazos cuando te desmayaste y corrí a resguardarnos. Es lo que más cerca me quedaba, espero que no te moleste.

—No —niego con la cabeza, pero él no me ve porque está de espaldas a mí—, en absoluto.

Me da la sensación de que estamos en un piso superior, hay unas escaleras que van a dar a uno inferior que no logra alcanzar mi vista de lo que hay más allá. Miro a mi alrededor, todo es de madera oscura y no hay ninguna decoración únicamente espadas colgadas, cuernos de animal, varias velas, pieles de animal por todas partes. También, a mi izquierda, nos da luz una diminuta ventana empañada por la ventisca y el frío, allá fuera se escucha una tremenda tormenta.

Me gusta que me haya traído hasta aquí, tenía ganas de conocer su guarida.

—¿Te duele la cabeza? —pregunta haciéndome volver a la realidad.

—Un poco —respondo llevándome la mano a la frente.

—Menudo coscorrón te has dado, pensaba que te habías abierto la crisma.

—Dios me libre —sonríó por su espontaneidad.

Me levanto de un salto y camino dos pasos hacia él. Me siento a su lado, y poso mi capa de pelo sobre sus hombros de tal forma que nos tapa a los dos.

—¿Has escogido tú misma ese caballo?

—No, me lo preparó uno de los mozos.

—Esa yegua es asustadiza, tendrían que haberte dado otra —opina— aún no tienes tanta experiencia.

—Tenía prisa y supongo que el mozo se puso nervioso al verme—alzo los hombros.

Silencio.

—¿Y a ti, te duelen las heridas? —cuestiono al verlas.

—Sí, pero se me pasará.

—Ojalá tuviera aquí algún remedio para poder curarte.

—¿Querías hacerlo?

—Claro que sí.

No me mira. No consigue atreverse. Sé que se siente avergonzado. Acaricio su barbilla y hago que me mire forzando a girar el rostro hacia mí.

—Siempre querré sanar tus heridas cuando algo te lastime, no me has fallado. ¿Entendido?

Las aletas de su nariz se abren y cierran, quiere llorar, pero se aguanta y cierra los ojos con fuerza para transmitirme un abrazo. Un abrazo de perdón, de arrepentimiento, de cariño y amistad.

—Lo siento tanto... —aprieta sus manos contra mi espalda mientras deslizo mis dedos en su sedosa cabellera.

Haakon baja los escalones y pasa un rato rebuscando cosas. Al volver, trae un ungüento y varios paños. Él me cura la sien y yo a él la espalda. Aunque lo suyo es más grave.

—Ya está —concluyo.

—Descansa en la cama, estaré abajo.

—Ven conmigo, descansemos juntos —cojo su mano y le guio hacia su lecho.

Esponjoso por las pieles que lo envuelven, flotamos encima de éste.

—Nos quedaremos aquí hasta que la lluvia mengue —informa.

—Me parece estupendo.

Nos quedamos muy juntos, atreviéndome a posar mi cabeza sobre su pecho fornido sin que él me lo niegue, escuchando su corazón sereno mientras acaricia mi brazo y me da calor con las enormes manos que se gasta. Es relajante oír el sonido crepitar de la madera con el fuego, tanto, que nos quedamos dormidos hasta bien entrado el ocaso del día.

Al despertar le cazo mirándome, eso me da vergüenza y me tapo la cara con las manos. Me regala una bonita sonrisa que se me queda grabada en la memoria. *Tienes unos ojos violetas fascinantes*, me dice y yo no sé qué responder. Me suenan las tripas como si tuviera el estómago de un elefante y todo el romanticismo se va a la porra.

—Oh, vaya... qué descortés, no te he ofrecido nada de comer o beber.

Pongo los ojos en blanco muriéndome del bochorno.

—Prepararé algo y lo subiré. Dame unos minutos.

—No tengo intención de irme a ningún lado.

Al regresar, trae una enorme bandeja llena de fruta, queso, pan, cecina seca y vino.

—Mereces un buen guiso, pero has de comprender que un hombre viviendo aquí sólo lo

único que pueda ofrecerte es esto.

—No importa, cuando se está hambriento uno come lo que pilla.

—Doy fe de ello. Cuando a mí me pasaba eso de joven, comía pasto.

—¡Qué asco! -hago una mueca de desagrado—. ¡No sé si podría hacerlo!

Reímos. Me pasa una copa y brindamos. Su sabor me gusta, entra solo. Nos disponemos a catar el menú mientras charlamos cómodamente en la cama. —A esa edad, hacia los doce o trece años ya nos dejaban luchar con espadas y habíamos dominado el arco -comenta masticando cecina—. Los hombres me hacían entrenar muy duro, creo que yo soy más blando con los míos.

Trago.

—Para nada, he visto como lo haces con tus guerreros y te temen. Lo haces bien.

—Tú también lo estás haciendo muy bien.

Me sorprende a mí misma muriéndome por ese par de ojos azules que quitan el aliento.

—Gracias —sonríó al escuchar la forma cariñosa de llamarme.

Me pasa una uva y la tomo de sus dedos. Ácida. Cojo una y repito la misma acción. Sonreímos cómplices.

—Aprendíamos el arte de la navegación y la orientación, con dieciocho fui a mi primera batalla, salí ileso milagrosamente. Yo creo que la runa me da suerte —la acaricia.

—¿Y no te dio miedo? —pregunto bebiendo más vino—. ¡Está riquísimo!

—No, para nada, no hay mayor honor para un *berseker* que morir en la guerra. Ése es el único modo de entrar al *valhalla*.

—Ya pues a mí me daría mucho miedo.

Haakon ríe y me cuenta varias historias de batallas mientras arrasamos con toda la cena. Alucino con la valentía de estos hombres.

—¿Conociste a los padres de Sven?

—Claro siempre hemos tenido amistad, eran muy buenas personas, pero desafortunadamente el pobre se quedó solo, sus padres murieron en el incendio que hubo en la torre noroeste del castillo provocado por Loki. Les encerró y acabó con sus vidas cruelmente... Junto con aquella mujer...

—¿Qué mujer?

—Una muchacha, su guerrera complementaria, era de armas tomar y siempre se llevaban como el perro y el gato, pero en el fondo, siempre se supo entre los que los conocíamos que estaban echo el uno para el otro.

—¿Y qué pasó con ella?

—Ese fatídico día intentó salvarles, ya que dominaba el elemento del fuego y hacía maravillas, pero fue en vano, Loki tuvo mucha destreza y terminó también con su vida... aunque nunca encontramos su cuerpo. Para Sven fue algo muy duro de sobrellevar.

—Sven... pobre hombre.

—Hasta los hombres más fieros se enamoran.

—No puedo imaginarle enamorado de nadie.

—Créeme cuando te digo que la amaba profundamente.

—Qué tristeza, por ello siempre tiene esa mirada... tan vacía.

—Cuéntame tú ahora ¿cómo es tu familia? Quiero saber miles de cosas sobre ti.

—Pues verás mi mundo se llama La Tierra y yo vivo en un país llamado Noruega, y la ciudad donde habito se llama Oslo.

—Oslo... —dice fascinado, está muy atento en mis explicaciones.

—Mis padres son Olga y Harald. Mamá es ama de casa y papá estudió leyes. Tengo una hermana menor, Sigrid, la cual nos llevamos unos cuantos años de diferencia. Somos una familia normal y corriente, pero estamos muy unidos.

—Ojalá recordase yo a mis padres —añade algo melancólico.

Eso me choca.

—¿Cómo? Pero Dreide...

—Dreide no es mi verdadera madre, bueno no me parió ella, pero me adoptó.

—No lo sabía... Si no quieres hablar de ello podemos cambiar de tema.

—No, no, tranquila, lo tengo superado. Te voy a explicar brevemente la historia, Dreide es una madre para mí, ella se casó y no podía tener hijos así que, suplicó a los dioses el poder de concebir, pero no se dio. Es más, su esposo falleció y perdió toda esperanza. Yo sé la verdad desde niño, ella nunca me ha ocultado nada. Conocía a mis padres porque vivían en el mismo pueblo, el cual estaba amenazado por enemigos de otro reino. No tuve hermanos, fui el primogénito de los Richardson. Una noche fue invadido y saqueado por enemigos, hubo miles de muertos y mi madre biológica me dejó dentro de la corteza de un árbol para protegerme advirtiéndome que estaba ahí a Dreide. Nunca más supo de ellos.

—Caray, qué historia tan conmovedora.

—Bueno y ¿qué hacías allí donde vivías?

—Oh, em... verás...

Me pasé rato largo explicándole a Haakon que era ser historiadora y trabajar en un museo. También le hablé de todo lo que podías encontrarte en mi mundo comenzando por detallar qué y cómo eran los vehículos y medios de transporte incluyendo aviones y trenes. Móviles y teléfonos para comunicarnos, televisiones y radios para entretenernos, agua corriente y caliente al instante, luz a través de una bombilla y no con velas. Alucinó cuando le dije que desde La Tierra estudiábamos las estrellas y otros planetas y que, habíamos pisado la Luna. Instrumentos musicales, avances en medicina, tecnologías, fotografía, internet, describí cómo eran las calles, pueblos y ciudades, edificios y culturas, la naturaleza y animales, diferentes idiomas....

También, qué solía hacer con mis amigas, como ir al cine, a un centro comercial, qué ropa vestimos allá, las discotecas a las que vamos, la clase de comida y bebida que tomamos... etc. ¡Se quedó perplejo!

—Tengo unas amigas locas, pero ahora sin ellas me siento incompleta.

—¿Las extrañas también?

—Sí, ojalá estuvieran aquí conmigo.

—¿Les gustaría este mundo de guerra y conflicto?

—No lo sé, pero son de armas tomar. Mucho más que yo. Sobre todo, una de ellas...

De pronto, rompo a llorar pensando en Helga.

—Tu ímpetu al contarme todo esto demuestra que tienes un gran aprecio a tu mundo - seca mis lágrimas—. Me cuesta creer en tus palabras por lo increíble que suena todo, ojalá pudiera conocer lo que me detallas.

Sería maravilloso poder estar con todas las personas a las que quiero.

—Ojalá pudieras.

—No creo que tenga la capacidad de viajar entre dos mundos.

—La maestra dijo que no, que eran los animales los únicos que podían hacerlo. —. Oye y cambiando de tema, ¿irás a tu pueblo, finalmente?

—Sí, ¿quieres acompañarme?

—Uh... ¿yo? Pero... ¿Y Astrid? ¿No se enfadaría?

—Puede, pero no tiene por qué enterarse sólo es una visita ordinaria y así aprovecharía para enseñarte más cosas.

—Por mi bien. Parece que la lluvia ha parado —me incorporo observando el exterior.

—¿Sí? -intenta hacer lo mismo y mira por la diminuta cristalera—. Eso parece.

—¿Nos vamos?

Me levanto sin esfuerzo, pero él tira de mi brazo y pierdo el equilibrio cayendo encima. Sorprendida, pregunto.

—¿Qué haces?

—No puedo aplacar mis sentimientos hacia ti, Eryn —confiesa—. Me encantas, estoy enamorado de ti... y me importa un reverendo nabo si tienes un hombre en el otro mundo.

—Haakon quedamos como amigos... Astrid... yo... te mentí.

—¿Me mentiste? —frunce el cejo.

—No tengo novio, ni marido ni nada a lo que se le parezca... sólo dije esa mentira para que Astrid nos dejara en paz.

Se le ilumina la cara.

—¡¡Lo sabía!! ¡Sabía que no era posible!

—¿No tengo pinta de tener novio?

—Ahora más que nunca quiero protegerte, besarte hasta hacerte estremecer, me casaría contigo hoy mismo para poder honrarte.

—Aún así no es posible, has de entender que yo no me quedaré para siempre en este lugar.

—Da igual, el tiempo que estés seré el hombre más feliz del mundo.

—Haakon... me lo pones tan difícil...

—Sé que me has estado evitando, que no quieres saber de mí pero yo sé que sientes lo mismo.

—Claro que siento cosas por ti, pero si me dejo llevar ahora será peor después, el adiós será tan doloroso como agonizante, ¿no lo entiendes?

—¿Qué prefieres? Dejarte llevar y vivirlo o arrepentirte de no haberlo hecho.

—No insistas —digo seria.

Suspira y cambia de tema, quiere enseñarme la casa. Tras pactar nuestro viaje al pueblo donde nació Haakon. Me sugiere pasar la noche ahí, ya que el tiempo no tiene intenciones de mejorar. Bajamos al piso inferior hay varias butacas que forman un salón con otra chimenea, donde insiste que dormirá. Yo le digo que no soy ninguna princesita de cuento y que puedo hacerlo yo, pero es más tozudo que una mula y finalmente cedo. A la derecha está la entrada y a su lado la cocina, muy sencilla con varios artilugios para cocinar y platos de madera.

—Iré a por madera a al cobertizo —sale por la puerta, el viento propicia un portazo.

Me siento apenada. En el fondo... yo también quiero vivir una historia de amor con él. Quizá Haakon tenga razón. No estoy viviendo el momento ni la oportunidad que Freya me ha dado. ¿Estaba en sus planes que yo me enamorase de Haakon? ¿Freya? ¿Esto es una diversión tuya? Recuerdo la frase de aquel poeta inglés Alfred Tennyson que decía; Es mejor haber amado y perdido que jamás haber amado.

Repentinamente, un impulso me hace salir a buscarle. Algo me grita que tengo que correr tras él. Lo encuentro en mitad de la hierba corriendo empapado, resguardando las maderas.

Yo me mojo también.

—¿¡Quieres pescar un resfriado!? —me mira perplejo.

—Tú ganas, dejémonos llevar...

Le beso apasionadamente. Se le caen las maderas y nos reímos mientras la lluvia cae sobre nosotros. Está sorprendido, no entiende nada.

—¡Háblame! ¡Di algo!

—No sé qué decir, estoy sin palabras —alza los hombros.

—¡Haakon, te estoy diciendo que te quiero por encima del mundo entero! ¡Yo también estoy enamorada de ti!

—Eryn...

Toma mi boca de nuevo, con más intensidad que yo.

Me alza a horcadas y me lleva para dentro, olvidando las maderas. Nuestras lenguas juegan al mismo ritmo y quedo rendida a sus pies. Sube conmigo encima las escaleras y me deja en la cama mientras continuamos besándonos como locos. El uno desnuda al otro, primero le retiro los cinturones, después me desata el corsé y me quita el vestido, seguidamente las enaguas que dejan mi cuerpo expuesto.

—Eres bellísima... toda una mujer... tus caderas... tus pechos... tu vientre... —acaricia cada parte que nombra.

Sonrío y me alaga oír eso. Haakon físicamente también me parece glorioso. Le quito la camisa, las botas y los pantalones. Ahora sí, estamos los dos como vinimos al mundo. Su miembro está erecto, lo toco, lo aprieto. Es tal y como lo imaginaba, Es perfecto. Suave, carnoso, pálido y sus vellos florecen rubios en su pubis.

Baja hasta mi abdomen para llegar a mi sexo. Me ruborizo al verle de ese modo, cierro los ojos y me retuerzo de placer al sentir su lengua rozando mis labios internos, mis ingles... es tan delicado y sensual... da pequeños besos con los labios y vuelve a sacar la lengua. Agarro su cabellera con fuerza, hundo su rostro más y más en mi intimidad. Quiero tenerle dentro. Estoy húmeda para recibirle.

—Hazme el amor Haakon -susurro cogiendo sus manos y las obligo a posarlas en mis pechos. Los aprieta, los junta... lame mis pezones... que gusto... oh...

—Iré con cuidado, no quiero ser un bruto contigo —dice mientras dirige su masculinidad a la entrada de mi vagina.

—Los vikingos sois brutos para todo, no tengo miedo.

—No quiero hacerte daño —insiste.

—¿Por qué ibas a hacerlo?

—Porque eres... ya sabes... virgen —dice con expresión seria.

¡¡¡¡Pfffrrrr!!!! Me echo a reír a carcajadas y el momentazo romántico que va a hacer puñetas.

—¿Qué dices? No soy virgen, perdí la virginidad a los dieciocho con mi primer novio.

—Esa parte no te la ha contado Dreide.

—Me estás asustando —me pongo seria al instante—, ¿qué parte?

—En el otro mundo puede que no fueras virgen, pero en este renacistes y eres pura porque eres la enviada de una Diosa.

Me tenso automáticamente.

—Ay la madre que me parió...

Tras meditarlo varios segundos, decido entregarme a él por primera vez. ¡A la porra! Si

lo hice una vez, puedo hacerla dos.

—Dolerá, pero se me pasará... lo he vivido antes.

—¿Seguro?

—Sí.

Se introduce poco a poco en mí. Tiene razón noto mi estrechez y un escozor que no puedo controlar. Gimo de dolor.

—¿Quieres que pare?

—No. Sigue...

Se mueve. Entra y sale, profundiza más y más y yo únicamente siento tirantez. Varias lágrimas salen de mis ojos, no recordaba este incomodo dolor, pero intento sentir su piel, minorizarlo con sus intensos besos.

Una vez amoldado, comienzo a moverme enérgicamente con su ayuda. Las olas de placer comienzan a ser más gustosas y adoro cuando me noto más lubricada... El sudor corre por nuestra piel, el ruido de la tempestad se mezcla con la de nuestros cuerpos chocando el uno con el otro, con nuestras voces de deseo y lujuria. Jadeos y gritos de placer incontrolables hasta...

Hasta el final del éxtasis.

—¿Estás bien? -pregunta con gotas de sudor sobre su frente.

—Muy bien... —sonríó abrumada por su pasión—. Fue peor la primera experiencia.

—Me haces muy feliz.

Le acaricio. Es tan tierno cuando quiere... Temblorosa bajo él, me da la vuelta y me pone de costado. Continuamos nuestra primera experiencia durante toda la noche...

Me despierto al día siguiente un poco dolorida pero feliz porque Haakon está a mi lado. Me acurruco en sus brazos y saboreo esta felicidad mientras me llena de besos y comenta la maravillosa noche que pasamos juntos.

También nos aventuramos en nuestro viaje. La lluvia ha cesado, y ha dejado su rocío impregnado en la frondosa vegetación que nos rodea. Sale temprano a cazar mientras yo me aseo y me visto con la misma ropa de ayer. Suerte que la dejé cerca del fuego y se ha secado...

Salgo al establo y dedico unos minutos a cepillar y alimentar a los caballos, en definitiva, preparándolos para partir. Organizo un cesto de mimbre con comida suficiente y lleno de agua dos calabazas huecas con agua decantada de la lluvia.

Al volver mi vikingo, le veo flamante, caminando firme agarrando de las orejas a una liebre muerta. Me da lástima al principio, pero tengo tanta hambre que lo paso por alto. Está todo listo para partir, sólo nos queda llenar nuestros estómagos para enfrentar el imprevisible camino.

Haakon decide no avisar antes a Dreide, dice que ya da por hecho que sabe que estamos juntos y prefiere que no embarquemos en el camino antes del mediodía. Si se entera, nos obligaría a ir con más guerreros para que nos protejan, pero él prefiere que vayamos a solas. Eso me gusta. Me gusta que Haakon quiera tenerme sólo para él. Me gustan los planes inesperados y que quiera que conozca el lugar donde nació. En cuanto al destino, dice que no es muy lejano y calcula que, en dos días, más o menos, llegaremos si vamos a buen ritmo o el tiempo nos lo permite. Y, de momento, parece que sí porque todas esas nubes que ayer nos cubrían hoy se han marchado.

Los senderos nos dejan ver paisajes espectaculares, desde explanadas a montañas rocosas. Matices verdes y aromas a flores. Atravesamos pueblos y ríos.

Es extraño, esta mañana me he despertado con buen humor, pero, unas horas más tarde, me siento sin energía. Cruzamos un puente de piedra a paso lento y me encuentro tan cansada

que no aguanto más, se lo expreso a Haakon. Él decide parar para que descanse y así de paso, los caballos tomen agua y estiremos las piernas. Nos comemos un par de manzanas y retomamos la marcha. Quizá únicamente es hambre.

—Pasaremos la noche en alguna posada de por aquí cerca ya que dormir en la intemperie no es nada seguro llevando a una mujer —anuncia.

—Oye, que sé defenderme... —me quejo.

—Créeme, es lo correcto.

—Pensándolo mejor, dormí una vez en mi vida en una tienda de campaña y fue la peor experiencia.

—¿Por qué? ¿Qué te pasó?

—Imagínate en pleno verano, no se nos ocurre otra cosa que irnos de acampada al bosque. Hacía muchísimo calor y todos los mosquitos y arañas se nos metieron a mis amigas y a mí en nuestra tienda.

Haakon comienza a reír.

—Entonces he hecho bien en pensar en que estarías más cómoda durmiendo plácidamente en una cama calentita y sin insectos.

—Sí, pero... se te ha olvidado un detalle -murmuro seductora.

—¿Cuál?

—¿No has pensado en que me gustaría que tú descansaras en la misma habitación?

—Eryn... no me tientes a...

—Rezaré para que le queden pocas recámaras al posadero —le guiño un ojo.

Traga saliva.

—¿Quieres más de mí?

—Siempre voy a querer más.

La suerte no está del todo con nosotros, al llegar a una de esas famosas posadas, resulta que el buen hombre no tiene recámaras disponibles porque es temporada de caza y por más que le insistimos con mucho pesar nos dice que no. No queda otro remedio ¡Nos toca acampar!

—Eso por decir que ojalá quedasen pocas recámaras —murmura Haakon y yo, me aguanto la risa floja.

—No creí que lo tomarían al pie de la letra.

Buscamos un sitio que nos proteja por si llueve de pronto y que podamos hacer fuego para ahuyentar a los animales salvajes. Y, como no nos queda muchas más horas de sol, decidimos probar adentrándonos en una cueva.

Haakon lo ve inseguro al principio, dice que suelen esconderse osos, pero la inspecciona y se asegura de que no corremos riesgo.

Entonces él se va a cazar y yo me quedo en la cueva intentando hacer fuego. No es nada fácil, mi guerrero tiene mucha experiencia, pero quiero conseguirlo.

Busco todo aquello que pueda prender, como hojas secas, ramitas de árbol, hierba seca... lo amontoño y hago fricción con palos de madera hasta que soplo y surgen las primeras llamas las cuales guío a la hoguera donde le esperan más ramas y hojas.

Oigo muy lejano una gotera, y encuentro ante mis ojos una enorme laguna azul. Hace calor aquí dentro y sospecho que las aguas son calientes. Acaricio la charca y para mi sorpresa he acertado el agua está templada. ¡Es un manantial!

Me desnudo, quitándome todas esas pieles y capas que llevo encima. Me deshago de todas las trenzas de mi cabello para dejarlo suelto, lo tengo larguísimo casi por la cintura.

Cualquier día le meto un tijeretazo. Me sumerjo, cierro los ojos e inhalo el vapor que desprende el agua. Siento que mis piernas lo agradecen y también mi trasero después de tantas horas cabalgando. Sólo me falta satisfacer a mi estómago con una succulenta cena y dormiré como un recién nacido en su cuna al lado de mi vikingo. Floto boca arriba con los ojos cerrados... qué gustazo...

Abro un ojo y observo un búho que está mirándome fijamente desde uno de los huecos de la cueva. Tiene los ojos más grandes y naranjas que he visto nunca, son hipnóticos. Súbitamente, siento que no puedo moverme. Sigo estirada en forma de cruz. Todo mi cuerpo pesa como una roca. Intento hablar, gritar, pero no me sale la voz. Tampoco puedo apartar la vista de ese búho. Sin poder controlarlo y de manera repentina, noto como me sumerjo en el agua por completo. Sí, las aguas se vuelven infinitas y tienen mucha profundidad. Ahora algo me deja mover los brazos y piernas, trato de subir a la superficie, pero nunca llego a salir al exterior. Me asfixio.

Haakon, ¿dónde estás? ¡¡Ayúdame!! ¡¡Haakon, estoy en peligro!! ¡¡Sálvame!!

Unas manos fuertes me agarran e inhalo una gran bocanada de aire. Sus brazos me acunan y me sacan al exterior dejándome en la tierra arenosa. Estoy desubicada, temblorosa.

—Respira, respira... —dice el vikingo.

Asiento consternada y muerta de miedo. Le abrazo. Casi me muero ahogada. Haakon mira al techo de la cueva, gira la cabeza buscando algo... y cuando parece encontrarlo apunta con el arco hacia algún punto y lanza una flecha.

—¡Púdrete en el infierno! —masculla.

Se agacha para acariciarme con voz dulce. Rompo a llorar. Lo he pasado realmente mal.

—Sólo quería darme un baño... no sé qué me ha pasado.

—Tranquila, shh... ya estoy aquí —me besa la cabeza.

—¿Es cosa de Loki?

—En este caso no. En estas tierras habitan ciertos búhos salen en noches como esta y son muy peligrosos. Utilizan sus ojos para persuadirte y hacer con las personas maldades, algunos afirman que nacen en los infiernos y llegan aquí para mandar más almas para allá.

—Qué horror, casi me muero.

—Suerte que te oí como me suplicabas auxilio y pude venir de inmediato.

Pasa su capa por encima de mi para cubrirme y me da un beso en la sien.

Tiempo más tarde, el vikingo de ojos de hielo prepara un par de palomas que ha cazado. Mientras tanto, yo me recupero del susto, tumbada de costado sobre las mantas. En un momento a otro, me giro hacia arriba echo un vistazo hacia el cielo y cuento estrellas en el firmamento, salto de una en una y siento cada vez más que éste también es mi lugar. Me da un escalofrío y me tapo más con la capa de terciopelo de mi vikingo. La hierba esta mojada por la humedad de la noche, pero eso no me importa, ya que estoy más pendiente de esa parte de mí que me susurra que no me asuste pero que me podría acostumbrar a esta vida, a esta gente, a este mundo... ¿y si finalmente me quedase aquí? Echaría muchísimo de menos a mis seres queridos. Zarandeo mi cabeza y me regaño a mí misma; ¡deja de pensar en eso!

Propongo pensar en cosas que me alegran y sonrío algo colorada al recordar que esta noche también la pasaré con mi amor. Porque Haakon se ha convertido en todo para mí en esta era y parte de la otra, desde un guerrero por destino a mi mejor amigo y compañero.

—Eryn

—¿Sí?

—En qué piensas.

—En lo mucho que me he acostumbrado a tu mundo.

—Te dije que lo harías —sonríe desde la fogata—. Yo quisiera que nunca te marcharas de mi lado, también me he acostumbrado a ti.

—Haakon... No sé qué pasará después pero jamás te olvidaré, te lo prometo —mis ojos se humedecen.

No quiero llorar... no quiero llorar...

—Yo también te lo prometo.

Cada día que pasa me enamoro un poquito más de lo que ya estoy. Pensaba que el tiempo no podía detenerse, pero os juro que este momento ha quedado retratado en mi corazón.

—Mira, una estrella fugaz -adviento.

Ambos miramos al infinito.

—Corre, cierra los ojos y pide un deseo en voz baja -comento rápida.

—¿Un deseo? —pregunta frunciendo el cejo.

—En mi tiempo, si pides un deseo a una estrella fugaz se hace realidad.

—Deseo que te quedes para siempre a mi lado —dice mirando al cielo.

Cenamos bajo la intimidad del fuego y nos echamos a dormir. La temperatura ha caído. Nos acercamos para darnos calor, acaricio su pecho con mis manos, lentamente me enredo en su vello rubio. No me suelta, me aprieta con sus brazos hacia él. Acaricia mis caderas para bajar hasta mi sexo sin que yo se lo suplique. Le beso con ternura las mejillas, los labios... los muerdo suavemente y los vuelvo a besar. Remanga mis faldas, acaricia la cara interna de mis muslos hasta dar con la entrada de mi vagina. La toca, la abre e introduce un dedo en mi interior. Lo mueve, lo saca, lo lame e introduce otro más. Tiemblo de la excitación al notar su incontrolable movimiento.

Gimo a su oído y le susurro cuánto me gusta sentirle, tenerle cerca.

Entonces me giro sobre él y cojo su duro miembro. Ahora es éste quien está dentro de mí. Cabalgo sobre él y disfruto su cara extasiada mientras me dejo llevar por las olas de placer yo también.

Frenético se alza y me gira. Sube las faldas y deja expuesto mi trasero. Me penetra desde ahí atrás salvajemente. Sus embestidas son fuertes y repetidas. Nuestros jadeos resuenan por toda la cueva y le pido que no pare... que no pare...

Llego al orgasmo y es sensacional. Pero quiero más, no sé qué me pasa últimamente ando más sexual que nunca.

—Juguemos un poco más —sugiero.

—¿Qué quieres que te haga?

—Bajemos al manantial —propongo.

—¿Al manantial?

—Quiero hacer el amor allí contigo.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Me coge en brazos y me lleva hasta ese bonito lugar. Nos metemos en las aguas calientes y nuestros músculos se relajan al instante. Es tan especial y placentero... nadamos abrazándonos, mecidos por la corriente natural. El vikingo devora mis labios, chupa mis pezones y los muerde. Dice que le encantan mis pechos y que está deseoso por poseer de nuevo mi cuerpo. Llegamos a la orilla del otro lado, con arena negra oscura pero muy fina y descansamos sobre ella mientras que el agua continúa rozándonos.

—Voy a enseñarte ahora lo que una mujer de mi mundo le hace a un hombre cuando le excita, cuando está loca por él y le apasiona.

Cojo su miembro que yace un poco más flácido y le masturbo. Paseo mi lengua sobre su piel y lo trago por completo ahora que cabe. En pocos segundos se torna húmedo, grande y erecto. Lamo su grueso vértice lo mejor que sé y lo trago, subo y bajo saboreando su piel. Le succiono y miro a mi hombre que está de lo más sexy con su pelo mojado hacia atrás y el cuerpo empapado. Está alucinado y excitado como yo. No le había oído antes bramar así de placer.

Trago su líquido caliente.

—¿Las mujeres de tu mundo sois todas así?

—Algunas sí.

—Sois increíbles.

Pero esto no ha acabado, todavía nos queda hacer el amor en el agua.

El fuego se ha consumido y me despierta el olor de sus cenizas. Partimos de nuevo al alba hacia nuestro destino. Tres horas después cuando el cielo raso ha dejado atrás el rocío, Reine nos acoge. A simple vista me parece un pequeño pueblo conservador, pulcro y con vistas a un lago precioso e inmenso de aguas oscuras. Situado en la llanura de un valle y rodeado de montañas, aquí, la luz del día desaparece demasiado rápido según mi vikingo. Buscamos la casa donde vive un primo lejano de Haakon, un tal Igor. Y de nuevo, siento que no aguanto más, que voy a desfallecer. ¿Qué me pasa? Pienso en que igual tengo anemia, me ha pasado otras veces. Cuando al fin la encontramos, Haakon advierte que me ve muy pálida y yo le resto importancia explicándole que es simplemente cansancio. No quiero preocuparle ahora que estamos aquí. Igor y su mujer Sheena nos reciben la mar de amables y hospitalarios. Me doy cuenta de que está embarazadísima y me pregunto si será su primer hijo o ya tendrán más.

—¿Cómo ha ido el viaje? —pregunta Igor dándole un fuerte abrazo a Haakon.

—Un poco cansado, pero bastante bien.

Yo me limito a sonreír, en segundo plano.

—Quiero presentaros, ella es Eryn, la enviada por Freya —señala.

—Mucho gusto, en conoceros, mi señora —hace un saludo con la cabeza a modo de reverencia.

—El gusto es mío, por favor, llamadme sólo Eryn—comento.

—Estáis en vuestra casa, adelante -nos ofrece Sheena.

Me da la impresión de que hacen una pareja estupenda. Al entrar en la casa, que, aunque sea pequeña, está muy bien organizada, siento que las piernas me flaquean y la vista se me nubla por segundos.

—¿Seguro que te encuentras bien? —pregunta Haakon al verme.

—Siento que voy a desmayarme en cualquier momento —confieso.

—Iré a por un vaso de agua —dice Sheena apresurada.

—No quiero importunar a nadie, lo siento mucho.

—Si ha sido tu primer viaje desde Flam, estarás agotada —añade Igor—, vamos siéntate en una de estas butacas.

Cuando me relajo y descanso, se me pasa el malestar. Los amigos charlan animados y yo decido ir a echar una mano en la cocina a Sheena que está desplumando a un pollo.

—¿En qué puedo ayudarte? —echo un vistazo al despliegue de hortalizas.

—Oh, no por favor, eres mi invitada.

—Pero no voy a quedarme con los brazos cruzados —me remango.

—rocea esas patatas y lava las zanahorias junto las coles.

—De acuerdo —asiento y me dispongo a ello.

—¿Ya estás mejor?

—Sí. Mucho mejor, gracias.

—Me alegro —sonríe.

La observo en silencio, es una mujer muy guapa a Igor también se le ve recio y fuerte.

—¿Igor es herrero, cierto? —cuestiono interesada.

—Sí, todos estos utensilios los ha hecho él.

—Qué práctico.

—Ha fabricado la mayoría de armas que hay en este pueblo y ha errado a los caballos él mismo. ¡¡Ou!! —se toca la tripa.

—¿Ocurre algo? —me alarmo.

—Es sólo una patada, yo creo que nacerá antes de tiempo.

—¿Es vuestro primer hijo?

—Sí, estamos tan ilusionados... Tuve un aborto antes de concebir a este hijo, deseamos que nazca ya y que sea un niño o niña sano.

—Seguro que irá todo muy bien esta vez.

—Lo espero.

Conversamos mientras hacemos un humilde guiso de pollo con verduras. Sheena confiesa que le encantaría tener una niña pero que Igor, está loco porque le dé un hijo varón y enseñarle su profesión, así como hizo su abuelo a su padre, y su padre a él. Pongo la mesa tal y como ella me lo pide, informo a los hombres, que están en el patio exterior mirando cuchillos y armas, que la cena está lista.

—¿Ya te está instruyendo bien éste hombre? —pregunta Igor dándole un trago al vino.

—Sí, es impresionantemente bueno.

—Ella también lo es, aprende muy rápido.

Nos miramos con complicidad y nos sonreímos.

—¿Os casaréis pronto? —suelta Sheena.

Doy un respingo, y se me cae el tenedor dentro del plato. Me sonrojo y miro de soslayo a Haakon, éste da un trago a la copa y no sabe que responder.

—Cariño, les has incomodado —le regaña Igor.

—Lo siento, no quería ser imprudente.

—Sigo comprometido con Astrid oficialmente, pero, al llegar Eryn me enamoré perdidamente de ella -me mira a los ojos-. Nuestra relación es difícil porque viene de otra era, como ya sabéis, pero hemos decidido estar juntos.

Se me cae el alma a los pies de amor al oír que va a dejar a Astrid por mí. Ahora más que nunca lucharé por nuestro amor... Se nota que con Igor Haakon tiene una especial relación, no me esperaba que mostrara así sus sentimientos ante nadie. ¿Cómo no tenerla? El pobre es el único familiar que le queda.

—Qué preciosa historia...

—Amigo, si hace falta viajaré yo contigo para imponerles que rompan ese pacto absurdo a los Reyes nórdicos.

—No, Igor, es algo que he de hacer yo y asumir las consecuencias -se negó rotundamente-. Tú hijo está a punto de nacer y has de cuidar a tu familia.

—Nosotros os apoyamos —me coge de la mano Sheena— ¿Y si os casáis antes? De ese

modo, nadie os podrá separar.

—Mi mujer tiene razón, primo, si os adelantáis a casaros nos os podrá separar nada ni nadie —agrega Igor—. En nuestro reino todo lo que está bajo las leyes, es respetado e inquebrantable.

¿Casarme con el hombre de mis sueños? Dios mío el pecho se me va a salir de la emoción... Sería una locura... una hermosa y verdadera locura. Mi vikingo se queda pensativo, ¿se lo está planteando de verdad?

—Eryn... -susurra—, tal vez tengan razón.

—¿No es precipitado?

—Lo es, pero no quiero que nadie se entrometa en lo que ha surgido entre nosotros.

—Nada me haría más feliz... pero...

—Es la única opción.

—Vale, si tú crees que es lo mejor... Casémonos.

La pareja aplaude y nosotros nos damos un beso tierno. Terminamos la cena brindando y nos vamos a dormir a una recámara contigua a la de ellos.

A la mañana siguiente, desayunamos pan dulce con miel. Sheena me presta su vestido de novia y me trenza el pelo mientras que Haakon va en búsqueda de los anillos que ha elaborado Igor desde bien temprano. Al salir de casa recoge en un ramillete unas cuantas flores de lavanda y me las presta. Huelen divinamente... Montamos en los caballos y cabalgamos hasta adentrarnos a un lugar sagrado dentro del bosque. Según ellos, atraerá a la buena suerte y la prosperidad. Allí se celebran muchas bodas, normalmente a principios de otoño.

Al comenzar la ceremonia, Sheena nos une las manos e Igor nos dedica unas palabras que hacen emocionarme. No puedo creer que me esté casando con este hombre. Me siento feliz y aterrada al mismo tiempo.

Sacrifica en nombre de los Dioses a un animal de ganado delante de nosotros y nos desea fertilidad, dichas y jolgorio.

Nos besamos y firmamos con nuestra sangre el acta de matrimonio que presentaremos ante los Reyes al regresar.

—Voy a amarte, respetarte y protegerte todos los días de mi vida, te adoro.

Le beso con cariño.

—Voy a ser la mejor esposa para ti el tiempo que me reste en esta era, la mejor guerrera porque a ti también he de protegerte, amor.

—Ahora habéis de consumir el matrimonio cuanto antes para que quede consagrado -dice Igor—, os dejaremos a solas.

Y de ese modo, entre las cortezas de árboles perennes Haakon me hace suya.

Entre las hojas nos mecemos y los pájaros son los únicos testigos de nuestro amor más intenso. Es rápido, salvaje y fugaz... no tenemos demasiado tiempo para preliminares. No es lo más bonito, ni el más especial para unos recién casados, simplemente es un acto carnal. Cuando termina, mis piernas flaquean al tocar el musgo húmedo. Tambaleo. Demasiadas emociones...

—Siento que... desfallezco otra vez... —digo sin fuerzas—. Haakon, ayúdame... me siento muy cansada, todo mi cuerpo me pesa...

Respiro con mucha dificultad, me ahogo. Me toco el pecho y el corazón me late desenfrenado. ¿Estaré enferma realmente? Me estoy asustando tanto...

No tengo fuerzas ni para rodearle con mis brazos, percibo una tela de oscuridad en mi visión. La cabeza me da tumbos, me mareo, y, finalmente pierdo el conocimiento.

—Haakon me has desobedecido y decepcionado.

Esa voz... ¿Dreide?

—Tú eras mi primera enviada, la elegida entre tantas guerreras ahora no podrás luchar contra Loki vuestros actos carnales se han llevado tus poderes.

—¿Freya? No... yo... lo siento no sabía que...

—Está bien. Os perdonaré porque sois nobles de corazón, pero bajo una condición.

—¿Cuál?

Despierto sobresaltada. Le veo con las manos sobre su nuca y la cabeza entre sus piernas en la butaca de Igor. Dreide está a su lado, parece que está muy enfadada.

—Debiste mantenerte fiel a tu misión.

—Mi amor por ella está por encima de todo.

—¡No! ¡La has hecho enfermar!

—Lo sé, me siento tan culpable yo... se me ha ido de las manos —se lamenta—. Todo esto es tan complicado.

—Aquí su vida corre peligro, con lo débil que está Loki puede atacar de nuevo —añade—, llevémosla con los Reyes.

—¡No! ¡Me niego!

Esa voz... esa voz era de Freya... la recuerdo bien.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero me despierto con la misma sensación que tenía antes. Agotada y sin fuerzas. Agradezco que alguien se ha tomado la molestia de mojar los labios con un pañuelo húmedo. Siento alivio, noto que estoy ardiendo en sudor y mi cuerpo tiembla de frío al mismo tiempo.

—No podemos ni regresar a Flam, está muy débil.

—No debiste hacer lo que has hecho Haakon —le regaña de nuevo.

—No sólo fue error de él —interrumpo con la voz débil—, pero lo enmendaré.

—Eryn...

—Oh, cielo... ¿cómo estás?

No puedo hablar, los latidos de mi corazón van en picado.

—¿Va a morir? —pregunta con temor mi vikingo de ojos de hielo.

Dreide no habla. No responde.

—¿Qué haces aquí Dreide? —pregunto—, ¿cómo has llegado?

—Algo me decía que las cosas se habían torcido.

—La voz de Freya me ha comunicado que va a sanarme y perdonar la falta de Haakon con una condición.

—¿Cuál?

—No puedo derrotar sola a Loki con él, me ha ordenado que reúna a un séquito de guerreras y guerreros complementarios para vencerle.

Me escuchan muy atentamente.

—Has de regresarme a mi mundo, sólo las personas que habitan allí podrán curarme.

—¡¡NO!! —brama.

—Entra en razón, por favor no me queda tiempo si muero Freya no podrá devolverme la salud.

—No puedes irte de mi lado ahora que estábamos tan cerca.

—Te prometo que volveré cuando me haya recuperado, y encontraré a todas esas personas que lucharán de nuestro lado. Si somos más, seremos invencibles ante Loki.

Entonces Haakon me da un beso en la frente y derrama una lágrima. Sheena e Igor me miran con tristeza.

—Os deseo lo mejor.

Mi guerrero me coge con estima, salimos al exterior y baja la ladera. Flotando sobre las aguas mansas del lago, me deja ir. Bajo cánticos y sobre un sol ponente.

Dreide junta las manos y canta en voz alta su oración de partida.

—Eryn, muere aquí para renacer en el otro lado. Njord, te invoco Dios de los mares y la navegación cubre a esta mujer con la virtud de cruzar entre dos mundos a través de tus aguas.

Me hundo.

Cuando despierto, no son los gélidos ojos de Hákon los que me miran. Ni el mundo de una era vikinga lo que me rodea...

—¿Señorita se encuentra bien? —pregunta un señor de mediana edad.

No puedo ponerme en pie. Sigo sin fuerzas. Esta vez, no me he dado cuenta de nada.

Bajo la atenta mirada de este hombre, regordete y con bigote canoso, quien me mira con incredulidad, contemplo mi alrededor. He vuelto al mismo punto de origen; el lago Tryvann. Aquí es donde comenzó todo...

—Avisaré a una ambulancia —agarra su móvil.

—Siento frío—castañean mis dientes—. ¿Cómo he llegado hasta la orilla?

—Las aguas de ese lago te arrastraron moribunda, yo mismo lo vi mientras pescaba por esta zona, pero es extraño ni siquiera hace viento, no estamos en el mar para que se formase tal oleaje. ¿Cómo ha caído en estas aguas?

Suerte que no me vio cuando un gatito indefenso se convertía en un tigre salvaje para mandarme al lago de culo... le respondo en mi cabeza. Pobre hombre, hubiera acabado en un psiquiátrico si hubiera presenciado tal cosa.

—Simplemente me caí y... yo... no recuerdo qué más pasó.

¿Cuándo tiempo habrá pasado? ¿Y si han pasado meses o años, qué voy a decirles a mis padres? ¿Estarán mis amigas donde las dejé?

A los pocos minutos aparecen ellas. Están ahí mismo, a varios metros de mí.

—¿¡Eryn!?

—Chicas.

Siento ilusión por verlas, pero tristeza también por lo que he dejado atrás.

—¿Qué ha pasado? -preguntan al unísono.

—He tenido un percance...

—No se te puede dejar sola.

—Lo siento, os he agitado la escapada.

Parecen preocupadas por mí. Por lo que dicen entre ellas, llego a la conclusión de que el tiempo no ha pasado en la Tierra. Estoy en el mismo punto exacto que cuando me fui. Ellas recuerdan que me fui a por cobertura, todo se ha quedado parado, congelado. Esto es una maravilla y a la vez una encrucijada, un gran enigma que he resuelto y que tantos dolores de cabeza me provocaba en Flam. De pronto, alguien carraspea su garganta detrás de nosotras.

—La ambulancia llegará en unos minutos —anuncia el señor.

Y efectivamente, primero escuchamos el sonido de las sirenas y luego, aparecieron unos sanitarios con camilla. Me trasladan al hospital más próximo, mis amigas no me dejan ni un momento sola. Allí me dejan varias horas en observación con suero y con medicación. Oigo algo así como que tengo hipotermia, pero no presto demasiada atención a los tecnicismos. El médico pasa a preguntar y yo hermética, me limito a decir que por un descuido caí al lago y no supe

cómo salir.

Después, aparecen mis padres con el semblante preocupado. Ha debido llamarlos alguna de mis amigas. Me emociono al verlos, me emociono como una idiota. Les abrazo con tanto amor que no puedo ni describirlo.

—¿Qué ha sucedido exactamente? —pregunta mi padre.

—Se nos cruzó un jabalí —responde Helga—, se abolló un lado del coche y se pinchó una rueda, no tenía ninguna de repuesto.

—Deberías tenerla, pueden multarte por eso.

—Sí, lo sé...

—Luego, me alejé de ellas para comprobar la cobertura y caí al lago —continúa la explicación.

—¿Tienes frío? —me arroja mi madre—, pronto te sentirás mejor.

—Nos queda pendiente una escapada juntas.

—Claro.

—Duerme un poco, estaremos en la cafetería.

Días más tarde, me dan el alta del hospital, pero la recuperación sigue siendo un proceso difícil. Lo que más me preocupa es Haakon, mi amado guerrero. Él es mi todo, mi amor, y no puedo dejar de pensar en si algún día podremos estar juntos de nuevo en el futuro. Cada día que pasa, el peso de la incertidumbre y la preocupación se hace más grande.

Ahora me encuentro en casa, tratando de recuperarme. Rompo a llorar a los pies de mi cama, sintiendo el dolor abrumador de la separación de Haakon. En momentos como estos, desearía tener la compañía de mis gatos. Ellos solían cobijarme entre su pelaje suave y transmitirme su cariño incondicional. Extraño su calor y su consuelo, especialmente en los momentos de soledad y tristeza.

La pregunta que me atormenta es si alguna vez volveré a abrazar a Haakon, si podremos reunirnos de nuevo y ser felices.

Mis padres acaban de anunciar que Helga viene de visita. Siento que necesito ánimo en este momento. Cuando Helga llega, noto una expresión seria en su rostro, algo que me inquieta. Nos dirigimos a la cocina, donde preparo una tetera con nuestras hierbas favoritas. El suave aroma de la menta y la manzanilla llena el ambiente, brindando un poco de consuelo.

Nos sentamos en la mesa y vertí el té en dos tazas. Helga envuelve la suya con ambas manos, como si buscara calidez en más de un sentido.

—No te caíste al lago por casualidad, ¿verdad? —pregunta de repente, mirándome fijamente.

Miro a Helga, intentando entender a qué se refiere.

—¿A qué te refieres? —respondo, sintiendo un nudo en la garganta.

—Quiero hacerte una pregunta —dice ella, mirándome con intensidad.

—Dime.

—¿Conociste a Sven?

Me quedo helada. ¿Cómo podría saber ella sobre Sven?

—¿Cómo sabes...? —empiezo a preguntar, pero me interrumpo al ver su expresión.

Helga permanece callada, con la mirada perdida en su taza de té. La preocupación se apodera de mí.

—¿Estás bien, Helga? —le pregunto, tratando de comprender qué sucede.

—Sí... -tartamudea, pero algo en su voz me dice que hay más.

Entonces, como si necesitara desahogarse, Helga finalmente habla.

—Porque yo nací en esa *era* y también soy elegida de Freya.

Continuará...

Espero que hayas disfrutado cada página tanto como yo disfruté escribiéndola.

Si te ha gustado este libro, por favor, deja una reseña para apoyar al autor. Tu opinión no solo ayuda a dar visibilidad al libro, sino que también inspira y motiva a continuar creando nuevas aventuras.

Además, si te fascinó la mezcla de magia, romance y aventura de esta historia, estoy segura de que te encantarán otros libros como:

- Serie En los Brazos del Highlander (Cautivada 1, Prisionera 2 y Dominada 3)
- La Odisea del Highlander
- Una Navidad en Edimburgo.
- Serena: Sirenas de Vermeil 1 (Historias de las Reinas del Mar y Highlanders)
- EILIDH (Brujas Escocesas I)

Un saludo, *Iris Vermeil*.